

La biografía ilusoria de Simone de Beauvoir

Karine Tinat

Introducción

SI BIEN EN el año 2008 se festejó el centenario del natalicio de Simone de Beauvoir, en 2009 celebramos los sesenta años de la publicación de *El segundo sexo*.¹ Estos marcadores temporales constituyen los dos puntos de partida para redactar estas líneas y, sobre todo, conmemorar a la famosa escritora y filósofa francesa. En esta tarea de reactivación de la memoria, me planteé como meta reconstruir la vida y la obra de Simone de Beauvoir. Escribo “la vida y la obra” porque, en el caso de esta autora, se sabe bien que son dos esferas inseparables. Beauvoir nos ofreció su propia visión de su vida en gran parte de sus libros; como numerosos personajes ilustres, “hizo de su vida una obra”.

Escribir la biografía de alguien para rendirle homenaje podría resultar una iniciativa sin mayor originalidad. Peor aún, se trata de un ejercicio relativamente utópico, como evidenció Bourdieu (1994); debido a que abordar la vida como una historia, es decir, como un conjunto coherente de secuencias orientadas hacia un proyecto existencial, resultaría ser el producto de una ilusión retórica. Ahora bien, no todo es “pura ilusión” en esta reconstitución del conjunto. Como lo recuerda Estrada Saavedra (2003:206) en su estudio sobre Hannah Arendt, existe “una afinidad constitutiva” entre acción y narración, ya que “no existe historia sin acción, como tampoco puede haber una acción completa y plena de sentido sin su historia narrada”; y por lo

¹ En el marco de la Cátedra Simone de Beauvoir que comparten el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM), de El Colegio de México, el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG), de la UNAM, y la Embajada de Francia en México, se realizaron en 2008 dos actividades con motivo del centenario del natalicio de Simone de Beauvoir: 1) el seminario de investigación “¿Cómo *se hacen* las mujeres en la obra de Beauvoir? y; 2) un coloquio internacional “Beauvoir no nació: se hizo...”.

tanto es importante tener en mente que una narración puede fundamentarse en acciones vivas reales enmarcadas temporal y espacialmente, y que estas acciones reales adquieren un sentido pleno gracias a la narración. Ahora, ¿en qué medida una biografía puede ser una narración “real” o decir la “verdad” de una vida? Fundada en hechos, sucesos y acciones que sí ocurrieron, una biografía desprende efectos reales; sin embargo, también cabe considerar que, como narración, una biografía es siempre una reconstrucción, la de una vida humana.

En el caso de Simone de Beauvoir, la primera reconstrucción la entregó ella misma. Relató su vida, primero de manera cronológica, desde su nacimiento hasta 1962, y más tarde de manera temática —de 1962 a 1972—.² Cuando ella empezó a escribir las *Memorias de una joven formal*, se acercaba a los cincuenta años. Ya era una escritora famosa y sin duda su narración estuvo orientada por: 1) la imagen que quería dar a su público sobre sí misma; 2) sus propias creencias y las representaciones que tenía sobre su vida y; 3) la tensión que inevitablemente se instaló entre lo que ella había vivido y lo que ella reflexionó sobre lo que había vivido.³ Esto no significa que sus narraciones sean reconstrucciones totalmente libres, derivadas de la imaginación y la reflexión. Retomó minuciosamente los hechos reales y concretos y, a la hora de narrarlos, nos ofreció una versión, la suya. Sin lugar a dudas, reelaboró los sucesos para que su personalidad luciera aún mejor a través de ellos.

Después de leerla y releerla, mi hipótesis de partida consiste en que en sus escritos autobiográficos publicados, Beauvoir siempre comunicó el mensaje de que su vida había seguido una trayectoria ascensional, y ésta había sido la de una mujer fuerte emocional e intelectualmente. Aunque tanto su obra como su personalidad hayan sido blanco de críticas acerbas, tiendo a pensar que el hecho de que un número infinito de lectores se regocijó y sigue alegrándose de soñar con su palabra, viene de esta narración potente, inspirada en acciones reales concretas, así como en decisiones tomadas con clarividencia y firmeza. En este artículo mi objetivo específico es entonces el siguiente: quisiera observar qué factores —individuales, familiares, sociales y culturales— se conjugaron entre sí para que Simone de Beauvoir lograra hacerse quién fue, tal como su propia narración nos lo hizo ver.

² El orden cronológico se cumple con: 1) *Memorias de una joven formal*; 2) *La plenitud de la vida* y; 3) *La fuerza de las cosas*. Luego publicó *Final de cuentas*, libro presentado temáticamente.

³ Como lo subraya Becker (1986:105), “siempre estamos conscientes de que el autor sólo nos cuenta una parte de su historia, que elige los hechos de manera a presentarnos la imagen que quisiera que guardemos de él, que deja de lado lo que le podría parecer como un detalle menor o desagradable, aunque éste fuera de gran interés para nosotros”.

Planteo la biografía como mi principal método. El ejercicio biográfico es complejo en la medida en que, como lo recuerda Madelénat (1984:19), dos trampas lo amenazan: no se trata de escribir una biografía “novelada” que simularía la vida, pero que no respetaría los materiales a disposición, ni tampoco se trata de hacer una biografía “compilación” que, en un modo erudito, sumaría una multitud de materiales pero sin simular la vida. Espero no caer en estas dos trampas. Intento convertirme en una artesana de la existencia de Beauvoir para poner en escena los elementos pertinentes para la demostración, alargando o acelerando la interpretación, según creí conveniente. Aunque coincida con la postura de Robbe-Grillet (1984:208) para decir que lo real es discontinuo y está formado por elementos yuxtapuestos a veces únicos y aleatorios, he decidido seguir el orden cronológico para abordar la vida de Beauvoir. Respetar la cronología no significa otorgar la misma importancia a cada año vivido, ni tampoco que no se identifiquen periodos bajo temáticas precisas. Si he seguido este orden fue porque me permitió resaltar mejor la ascensión profesional y social que caracteriza la trayectoria de Beauvoir.

Otra regla que me he impuesto es permanecer lo más cerca posible de la voz de Beauvoir y evitar recurrir a otras biografías sobre ella.⁴ Puedo justificar esto por tres razones principales. La primera es que muchas plumas de biógrafos ya se derramaron para reconstruir su vida y, por tanto, si redacto una nueva biografía, fundamentándome en biografías de otros autores, no sólo me apropio de la interpretación de otros, sino que mi escrito corre el peligro de tornarse una falsificación artificial por las múltiples “reconstrucciones de la reconstrucción” de los acontecimientos.⁵ La segunda razón es que, como lo subraya Becker (1986:109), es imprescindible, para redactar una buena biografía, entrar en la vida de la persona estudiada e intentar ponerse en su lugar. Agregaré que, al igual que el antropólogo busca la empatía con la población que radiografía, el biógrafo escucha atentamente al sujeto que estudia. Por último, si toda biografía es una reconstrucción y si Beauvoir fue la primera en entregar la suya, elijo entonces seguirla y asumir la ilusión del campo literario, pero sin dejar la oportunidad de mantener una mirada crítica cada vez que sea necesario.

Madelénat (1984:150) afirma: “Según el peso de los momentos y la naturaleza de las intrigas, el biógrafo opta por un relato informativo o un

⁴ Me remití a las biografías de Bair (1991) [1990] y de Francis y Gontier (1985) para la primera y la última secciones del artículo porque Beauvoir se expresó poco sobre los temas tratados.

⁵ Entre las numerosas biografías ya existentes sobre Beauvoir podemos citar: Bair (1991) [1990]; Francis y Gontier (1985); Bouchardeau (2007); Moreau (2008); Rowley (2006) [2005].

cuadro ilusionista y lujurante”. Me he encontrado muchas veces delante de estas dos opciones, y así lo reflejan las trece secciones que ordenan este escrito. Éstas se articulan en dos momentos: primero, reconstruyo el “trozo de vida” de Beauvoir en el que elijo enfocarme, seleccionando los acontecimientos, así como los personajes que la rodearon en ese momento —la extensión de un artículo obliga a no profundizar en el desarrollo—; y después intento distanciarme para poder ofrecer una interpretación. La organización temática de las secciones surgió a lo largo de mis lecturas y, por lo tanto, es perfectamente arbitraria. Toda vida ofrece múltiples lecturas y la que se descubre a continuación no es más que una, de entre otras posibles.

1. Un atisbo en el árbol genealógico

Parto del hecho de haber nacido de Georges y de Françoise de Beauvoir el 9 de enero de 1908.

(*Fdc*:11)

A diferencia de esta cita, no sugiero partir del nacimiento, sino echar una ojeada a los decenios que lo precedieron. No se ha podido identificar con precisión desde cuándo la familia Bertrand adquirió el apellido Beauvoir y la partícula “de” que lo precede. El tatarabuelo paterno de Simone ya se apellidaba así. Sí se sabe, en cambio, que la familia Bertrand de Beauvoir se compuso de “funcionarios adinerados” (Francis y Gontier, 1985:18-20). El bisabuelo, Narcisse, nacido bajo el Directorio, en 1795, hizo carrera en el ministerio de Hacienda y ejerció como inspector de contribuciones en Argenton-sur-Creuse, un empleo remunerador que le proporcionó una posición importante en la localidad. Su hijo mayor, Ernest-Narcisse, el abuelo de Simone, “entró en las oficinas del Ayuntamiento de París: hizo una larga carrera de la que salió condecorado y jefe de servicio” (*MJF*:34). Este último se casó con Léontine Wartelle, descendiente de una familia opulenta del norte. Instalada en un departamento del Bulevar Saint-Germain, la pareja tuvo tres hijos, entre los cuales estaba Georges, el padre de Simone.

Buen alumno del Colegio Stanislas, Georges obtuvo cada año los premios de excelencia hasta que, a los 13 años, fue trágicamente afectado por la muerte súbita de su madre, en 1892. Viudo, Ernest-Narcisse no se volvió a casar y vivió en su propio mundo: “a mitad camino entre el aristócrata y el burgués, entre el terrateniente y el funcionario, respetuoso de la religión sin practicarla, no se sentía ni sólidamente integrado a la sociedad” (*MJF*:35). La ley, encarnada por su madre, había desaparecido, y Georges sólo siguió

brillando en las materias que le interesaban, es decir, latín y literatura. Luego —repetía a menudo a su hija Simone—, “nada en su vida fue tan auténtico como su amor por el teatro” y “que si las conveniencias no se lo hubieran vedado, habría entrado en el Conservatorio” (*MJF*:35). En vez de eso, se inscribió en la Facultad de Derecho, aprobó sus exámenes y entró en el despacho de un abogado importante. Sin embargo, durante toda su vida se apasionó menos por la corte que por el teatro, los cafés y los salones.

Del lado materno, la familia Brasseur se asía a los valores tradicionales de la burguesía, reuniendo riqueza y fervor religioso. El bisabuelo de Simone, Aimé-Fidèle-Constant Brasseur, “fue uno de los primeros representantes en la Cámara de los Diputados de Luxemburgo” (Bair, 1991:27). Su hijo, Gustave Brasseur, abuelo de Simone, fue educado con los jesuitas, se hizo banquero en Verdún y fundó el Banco de la Meuse. A este hombre le fascinaba “manejar negocios, ideas, dinero” (*MJF*:67). Se casó con Lucie Moret, “una mujer sin belleza y sin pretensiones que los padres Brasseur habían elegido para Gustave porque tenía más dinero que él” (Bair, 1991:27). La pareja tuvo tres hijos, de los cuales la primera fue Françoise, la madre de Simone.

Entregada en cuerpo y alma a su marido, Lucie Moret demostró a sus hijos un afecto distante. La madre de Simone padeció esa frialdad y reparó el sufrimiento con una piadosa actitud: “medio pensionista en el convento *des Oiseaux*, encontró un alivio en la cálida estima con que la rodearon las monjas; se precipitó en el estudio y en la devoción” (*MJF*:40). A este convento parisino iban las hijas de familias de la gran burguesía. Las religiosas de la congregación de Notre-Dame se encargaban de la enseñanza. Según Beauvoir, otras decepciones entristecieron la adolescencia de su madre, “encerrada en sus corsés con ballenas, acostumbrada a reprimir sus impulsos y a hundir en el silencio secretos amargos, se sentía sola e incomprendida; a pesar de su belleza, carecía de seguridad y de alegría” (*MJF*:40).

En el verano de 1906, en Houlgate, las familias Beauvoir y Brasseur, motivadas por las ventajas económicas y de prestigio social que podían ofrecerse mutuamente, juntaron a sus hijos respectivos —Georges y Françoise— con la intención de casarlos. El encuentro resultó exitoso, y sobre esto Beauvoir escribió: “Se gustaron. Conquistada por la exuberancia de papá, fortalecida por los sentimientos que él le demostraba, su corazón [el de su madre] se ensanchó” (*MJF*:40). La boda tuvo lugar el 21 de diciembre de 1906, y la pareja se instaló en un departamento del Bulevar Montparnasse (Bair, 1991:29).

La felicidad de la joven pareja hubiera podido llegar al máximo si la situación laboral y financiera del padre de Françoise no hubiera desembocado en una verdadera bancarrota. En 1907 empezó a hacerse público el escándalo del

Banco de la Meuse: acusado de malversaciones por más de un millón de francos, Gustave Brasseur fue encarcelado durante quince meses. La quiebra del banquero no sólo impidió que la dote fuera debidamente entregada a Georges Bertrand de Beauvoir, sino que trastornó el estatuto social de toda la familia, víctima del ostracismo por parte de sus antiguas relaciones (Francis y Gontier, 1985:23-25).

Todo individuo “se define por el conjunto de sus relaciones, compromisos, pertenencias y propiedades, pasados y presentes” (Lahire, 2002:3). En esta revisión del árbol genealógico y de los eventos familiares que precedieron al nacimiento de Simone de Beauvoir, aparecen algunas facetas de estas herencias pasadas. Destacaré dos elementos de partida para la reflexión. Primero, las biografías, como la de Bair o la de Francis y Gontier, resaltan que, tanto del lado paterno como materno, los hombres lograron siempre casarse con mujeres procedentes de familias adineradas. Aunque en aquella época eran comunes los casamientos arreglados y entre gente de la misma clase social,⁶ este detalle llama la atención. Los abuelos y el padre de Simone se casaron con “mujeres de poder”, no por su personalidad ni por la ocupación que tenían, sino por el capital económico que poseían sus familias. En otros términos, en las trayectorias de los antecesores de Simone se operaron ascensiones sociales por medio del matrimonio y “gracias a la parte femenina”. Más tarde veremos que Beauvoir no sólo rechazó el matrimonio, sino que apostó más por la edificación de un capital cultural que por la tradicional transmisión de capital económico. En cambio, la sola idea del mecanismo de “ascensión por la parte femenina” nos puede sonsacar una sonrisa: Beauvoir tuvo éxito sobre todo gracias a su defensa de la condición femenina.

El segundo elemento es que el 9 de enero de 1908 nació Simone, justo en medio de un drama familiar. Se esfumó el capital económico prometido por la dote; es decir, el matrimonio de los padres de Simone no trajo los frutos pecuniarios esperados. Otra vez divierte pensar que, años más tarde, una de las ideas rectoras que Beauvoir comunicó a las mujeres fue liberarse de la dependencia económica dentro del matrimonio, optando por una vida laboral. Sin consentir en la idea reductora según la cual los primeros meses de vida predeterminarían el resto de la existencia, sí nos parece interesante recordar este elemento que dejó un sabor amargo en las dos familias y en el hogar donde nació Simone.

⁶ En Francia, la libre elección tanto del esposo como de la esposa surgió como regla entre la primera y la segunda guerras mundiales (Sohn, 1992:182).

2. Hacerse niña en un ambiente burgués

Protegida, mimada, divertida con la incesante novedad de las cosas, yo era una niña muy alegre.

(MJF:13)

Al drama familiar Beauvoir no se refirió explícitamente en sus memorias. Sus primeros recuerdos pintaron más bien un universo cómodo y protegido: “El apartamento era rojo, rojo el alfombrado, el comedor Enrique II, la seda estampada que tapaba las puertas de cristal y en el escritorio de papá las cortinas de terciopelo; los muebles de ese antro sagrado eran de peral ennegrecido” (MJF:7). La sensación de pertenecer a una élite también se impuso rápidamente a la niña, quien la acogió con gusto: “Satisfecha del lugar que ocupaba en el mundo, lo creía privilegiado. (...) En el Luxemburgo nos prohibían jugar con chicas desconocidas: era, evidentemente, porque estábamos hechas de una tela más refinada. Mi madre se surtía en ciertas confiterías (...) la delicadeza de nuestros estómagos nos distinguía del vulgo” (MJF:50). Otro signo de distinción, mezclado con la imagen de seguridad y protección, era el que encarnaba una persona de carácter muy suave, Louise, la empleada doméstica. Ésta compartía el cuarto con Simone, la cuidaba, la vestía, la llevaba al Luxemburgo para jugar y le leía cuentos. Lejos de desinteresarse por su hija, los padres y otros familiares de Simone la contemplaban con gran admiración: “Escuchaban con gusto mis historias, repetían mis frases. Abuelos, tíos, tías, primos, una abundante familia me garantizaba mi importancia. (...) Mi cielo estaba estrellado de una constelación de ojos benévolos” (MJF:11).

Este afán familiar alrededor de Simone, así como el poder que ella adquiría sobre su familia observando que todos “soportaban” sus “caprichos con una sonrisa de complacencia” (FdC:12), tienen que ver con su posición de hija mayor. Simone sólo tuvo una hermana, apodada Poupette, dos años y medio menor que ella. Beauvoir describió con clarividencia el privilegio de ser la primogénita: “Yo era para mis padres una experiencia nueva: a mi hermana le costaba mucho más desconcertarlos y asombrarlos; a mí no me habían comparado con nadie, a ella sin cesar la comparaban conmigo” (MJF:45). Beauvoir imaginó que le habría podido causar sufrimiento si le hubiera seguido un hermano en vez de una hermana (FdC:14). La presencia de Poupette ayudaba a Simone a afirmarse. En una relación, mezcla de autoridad y ternura, Simone inventaba juegos y enseñaba a su hermanita a leer y a escribir (FdC:14).

Estos juegos estaban impregnados del ámbito cultural donde nacieron y crecieron las dos niñas. Su padre, Georges, actor *amateur*, movilizaba to-

da la atención de Simone, recitando monólogos cómicos en las reuniones familiares. Cada verano —hasta el año 1914— él y su esposa se presentaban en el escenario del Casino de Divonnes-les-Bains con una compañía de aficionados de la que formaban parte (*MJF*:28). La madre de Simone no era actriz; sin embargo, su esposo opinaba que “su belleza compensaba la inexperiencia” y que “la mujer es lo que su marido hace de ella, es él quien debe formarla” (*MJF*:38-39).

Educada en la religión, Françoise Brasseur se encargó de la vida espiritual de sus hijas. Conducía a Simone al colegio, asistía a sus clases, dirigía sus lecturas, la llevaba a misa y a vísperas (*MJF*:42). Simone no consideraba a su madre como a una santa, pero observaba que de sus parientes, ella era quien practicaba la religión con más fervor.

A los cinco años y medio, Simone entró en el colegio Désir, donde las educadoras eran monjas (*MJF*:24). Inmediatamente, a Simone le embriagó la idea de tener su vida propia, puntuada por horarios y deberes, materializada por la adquisición de una cartera y de unos cuadernos. El gusto por los libros se había revelado algunos años antes, y su ingreso en el colegio le confirmó su fascinación por aprender: “La Historia Sagrada me parecía aún más divertida que los cuentos de Perrault, puesto que los prodigios que relataba habían ocurrido de verdad”. Simone no tardó en hacerse la “estrella” del salón (*MJF*:24-25). Beauvoir describió este gusto por el estudio desde la infancia y el sentimiento de exaltación que lo acompañaba.

Nada pareció obstaculizar esta “infancia serena” (*FdC*:12), ni siquiera la primera guerra mundial. Una parte del Colegio Désir se había convertido en hospital y las alumnas multiplicaban las buenas acciones para los refugiados (*MJF*:30). El padre de Simone partió para el frente; sin embargo, a pesar de que la niña notaba el dolor en los ojos lagrimosos de su madre, bien lejos estaba de imaginar que su padre corría peligros. A causa de un ataque cardíaco, éste volvió prontamente (*MJF*:33).

En este apartado recuperamos algunos aspectos puntuales a los que Beauvoir hizo referencia para contar su infancia. De todo esto rescataré los tres primeros datos objetivos que han configurado y prefigurado el itinerario de Beauvoir: 1) el incuestionable lugar de hermana mayor que proporciona cierto sentimiento de potencia sobre los hermanos menores;⁷ 2) la incorporación de las

⁷ Esto es particularmente cierto cuando la configuración es hermana mayor/hermana menor. En algunos contextos familiares, cuando a la hermana mayor le sigue un hermano menor, éste puede ser dotado de más poderes que la primera por el simple hecho de ser hombre (predominancia de lo masculino invirtiendo la jerarquía mayor/menor). Este punto es desarrollado ampliamente por Hérítier (2002).

disposiciones del *habitus* de la clase burguesa que hace que uno ocupe, desde su llegada al mundo, un lugar privilegiado en la sociedad y; 3) la transmisión de un capital cultural por parte de los padres.

En lo que respecta a este tercer punto, cabe reiterar que, aunque pertenecían a una élite, los padres de Simone no eran ricos, sino más bien desclasados económicamente. En este sentido, Beauvoir escribe: “Toda mi educación me aseguraba que la virtud y la cultura contaban más que la fortuna” (*MJF*:51). Sin duda este tipo de educación fue una elección deliberada de los padres; no obstante, esta última frase de Beauvoir deja ver también una estrategia de reparación del desclasamiento social: para “no perder la fachada” —como diría Goffman— hay que apuntalar lo fuerte (virtud y cultura) con el fin de aminorar lo débil (fortuna). No cabe duda de que estos tres elementos ayudaron a que Simone —como otras niñas con las mismas condiciones y nacidas en la misma época— se sintiera desde temprano con muchas bazas entre manos.

3. Las rupturas con el modelo familiar y otras ideas emancipadoras

Entre los doce y los trece años tuve ocasión de desviar la línea de mi vida.

(*FdC*:17)

Si bien disponer de ventajas sociales y culturales desde la primera infancia constituye un buen punto de partida, no lo es todo. En otros términos, Sallenave (2008:12) expresa: “Por muy ‘dotada’ que una sea para ganar la felicidad —y Simone lo era—, ésta no se obtiene sin luchas”. La primera lucha consiste en saber tomar distancia y reacomodar algunas piezas de la identidad “dada” para poder crecer y hacerse a sí misma.

En el Colegio Désir, en 1917, apareció una nueva alumna, Elizabeth Lacoïn, con la que Simone entabló de inmediato una gran amistad. Apodada Zaza, la niña catalizó en Simone el deseo de “abandonar su personaje de niña sabia” y le enseñó superficialmente “la independencia y la irrespetuosidad” (*FdC*: 16). Zaza desempeñó un papel esencial en la vida de Simone. Su muerte —a los 20 años—, debida a una enfermedad grave, fue para Beauvoir el “gran crimen espiritualista” (*CPE*:7).⁸ Antes y durante esos once años, las dos amigas intercambiaron sus emociones y sus esperanzas, se burlaron de sus profesores y criticaron su medio social (Deguy y Le Bon de Beauvoir,

⁸ Según Beauvoir, la muerte de Zaza habría podido evitarse si su madre hubiera sido menos católica.

2008:16-17). Sin embargo, la complicidad sólo alcanzó cierto límite. Simone no confesó a Zaza, todavía creyente y menos desenvuelta, algunas facetas de su “trabajo interior”, “nunca nuestras conversaciones tomaban un cariz confidencial” (*MJF*:97).

Entre los descubrimientos secretos, aludiremos a dos que Simone hizo durante estancias en La Grillère y Meyrignac, propiedades familiares donde veraneaba Simone y donde podía disfrutar “la libertad” paseando a solas y sin ser vigilada por sus padres. El primer descubrimiento fue el de los “libros prohibidos” que, entre dos partidas de croquet, le introdujo su prima Madeleine: “En (...) *Novelas y relatos* [Madeleine] había leído una historia melodramática: una marquesa celosa de su marido le había hecho cortar ‘las bolas’ mientras éste dormía” (*MJF*:89). La segunda revelación, más íntima, fue cuando Simone perdió la fe religiosa:

Yo había pasado el día comiendo manzanas prohibidas y leyendo, en un Balzac prohibido, el extraño idilio de un hombre y de una pantera. (...) “Son pecados”, me dije, sin gran asombro. Imposible seguir haciendo trampa: la desobediencia sostenida y sistemática, la mentira, los sueños impuros, no eran conductas inocentes. (...) “Ya no creo en Dios”, me dije, sin asombro. (...) Su perfección [la de Dios] excluía su realidad. (*MJF*:143)

Como toda y todo adolescente, Simone pasó por un periodo tormentoso en el que sintió las transformaciones corporales de la pubertad. A esto se añadió un cuestionamiento sobre los valores religiosos inculcados desde su infancia. Esta fase correspondió también a una época difícil para la familia: “Mi serenidad conoció, sin embargo, un eclipse durante el último año de la guerra (...). En casa no se dejaba perder nada: ni un pedazo de pan, ni ninguna ocasión de comer gratis” (*MJF*:66 y 70). En 1919, la familia se convirtió en un hogar de “nuevos pobres” (*FdC*:18).

La vulnerabilidad corporal, debida a la pubertad, se correspondía con cierta vulnerabilidad familiar. Sin embargo, fue durante estos años de inestabilidad (1920-1925) cuando Simone tomó firmemente las grandes decisiones de su vida. A partir de la observación de su entorno, dudó del destino “feliz” de la mujer casada y con hijos. Beauvoir escribió: “No aceptaba que un hombre frustrara mis responsabilidades (...) una madre de familia está siempre flanqueada de un marido; mil tareas fastidiosas la abruman. Cuando evocé mi porvenir, esas servidumbres me parecieron tan pesadas que renuncié a tener hijos propios; lo que me importaba era formar espíritus y almas: me haré profesora, decidí” (*MJF*:60). Así fue marcada su adolescencia, por las tres decisiones siguientes: renunciar al matrimonio, rechazar la maternidad y ejercer como profesora.

Acerca de este periodo podemos afirmar que Beauvoir, como todo adolescente, conoció crisis y rupturas con el modelo familiar. Ahora bien, detrás de la fachada de un deseo de independencia total, muchas veces aquéllas esconden lógicas y prescripciones familiares. En efecto, no está de más reiterar que, todavía a principios del siglo XX, la obligación de la dote para la joven burguesa era una modalidad central de la institución del casamiento. Por esta razón, frente a la ruina económica familiar, el padre de Simone había declarado: “Ustedes, hijas mías, no se casarán, tendrán que trabajar” (*MJF*:182). Esta frase arroja otra luz sobre la supuesta “autoconstrucción” de la vida de Beauvoir. Más que una ruptura con el modelo familiar, la decisión de Simone de no casarse fue orientada por la voz o la ley de su padre. Lo innegable es que, optando por no casarse, Simone rompía con el destino de toda mujer de su clase social.

Cabe también insistir en que, a diferencia de otros adolescentes, Simone nunca abandonó sus convicciones, sus ideas emancipadoras. Por supuesto, algunas dudas la atravesaron en ciertos momentos, por ejemplo, cuando soñaba con la llegada del “bien amado” y cuando no descartó un posible matrimonio con su primo Jacques (*MJF*:257). Pero la duda forma parte de la construcción de la convicción y, en la laceria de estos primeros pensamientos y sentimientos esparcidos en las memorias, predomina la idea-fuerza que consistía en ser la única decidora de su vida: “En la realidad, no me sometía a nadie: era, y seguiría siendo siempre mi propia dueña (...). Me importaba mi independencia; ejercería un oficio, escribiría, tendría una vida personal; no me imaginaba nunca como la compañera de un hombre: seríamos dos compañeros” (*MJF*:62, 152).

4. La carrera universitaria y otros espacios de socialización

El porvenir ya no era una esperanza, yo lo tocaba. Cuatro o cinco años de estudio y luego toda una existencia que yo moldearía con mis manos.

(*MJF*:176)

En 1924, Simone aprobó con brío el bachillerato y se inscribió en la Facultad de Filosofía de La Sorbonne (*MJF*:163-167). En paralelo siguió un curso de matemáticas generales en el Instituto Católico y tomó clases de letras francesas en el Instituto Sainte-Marie de Neuilly. En este segundo lugar daba la clase un joven profesor, Robert Garric, quien dirigía los Equipos Sociales, un movimiento cultural cristiano (*MJF*:179-180). Ya que figuraban ateos entre sus

colaboradores y la personalidad de Garric la “maravillaba” (*MJF*:187), Simone se afilió a los equipos. Bajo el pretexto de dar conferencias a los obreros en Belleville,⁹ logró escaparse de la vigilancia de su madre para pasear de noche en las calles populares de París con su primo Jacques.

Fuera de estas pequeñas “transgresiones”, si así se pueden considerar, Simone dedicó esos años a un intenso estudio: “pasaba diariamente nueve o diez horas sobre los libros” (*MJF*:306). Al igual que durante toda su vida, leyó de manera abundante. Si sus memorias mencionan a los autores que devoró (*MJF*:242), sus cuadernos de juventud restituyen largos fragmentos de sus lecturas.¹⁰ Entre otros numerosos escritores, figuran: Baudelaire, Rimbaud, Gide, Alain, Schopenhauer, Goethe, Aragon, Nietzsche. Simone se auto-recetaba programas de trabajo como aquel del 20 de julio de 1927: “Estudiar seriamente la filosofía procediendo por orden. (...) Escribir conclusiones una vez adquiridas. (...) Meditar sobre Kant y Bergson. Estudiar a Platón, Leibniz (...). Estudiar la filosofía post-kantiana. Vasto programa para un año escolar, pero lo haré. Y sobre todo: pensar por mí misma” (*CJ*:378).

En La Sorbona y en la biblioteca Sainte-Geneviève, Simone socializó con estudiantes de otros horizontes. Cordiales fueron sus relaciones con compañeros como Pierre Nodier, de la revista *Esprit* (*MJF*:245), Michel Riesmann, el comunista Jean Miquel y sobre todo Maurice Merleau-Ponty. Con éste, Simone desarrolló una profunda amistad basada en intercambios serios e intelectuales: los dos seguían las mismas clases de filosofía y discutían apasionadamente en el Luxemburgo (*CJ*:19, 370-375).

Otro joven con el que Simone tejió una fuerte amistad fue René Maheu, un estudiante de la Escuela Normal.¹¹ Intelectualmente, Maheu no impresionaba a Simone: ella percibió rápidamente “su falta de rigor filosófico además de limitar sus ambiciones al éxito social” (*CJ*:21).¹² Sin embargo, Simone pasaba mucho tiempo con él: “Sesiones en la Biblioteca Nacional al lado de él: estudio por la mañana, comida con él, charla en el Palais-Royal, alegría hasta la noche (...). Amistad, luego ternura” (*CJ*:765-766). Un día, Maheu escribió en el cuaderno de Simone en grandes letras “BEAUVOIR = BEAVER”,

⁹ El barrio de Belleville se sitúa en la parte norte de París, a caballo entre los distritos 19 y 20. Históricamente fue un barrio donde llegó la población obrera de las afueras. Hoy sigue siendo un barrio popular, multiétnico y con un ambiente artístico. Cabe recordar que fue el barrio donde nació y vivió Edith Piaf.

¹⁰ Los *Cahiers de jeunesse* (2008), que agrupan siete cuadernos escritos entre 1926 y 1930, fueron transcritos e introducidos por Sylvie Le Bon de Beauvoir.

¹¹ René Maheu aparece bajo el seudónimo de Herbaud en las *Memorias de una joven formal*.

¹² Más tarde, René Maheu fue director de la UNESCO.

y le afirmó: “Usted es un castor. Los castores andan en banda y tienen espíritu constructivo” (*MJF*:336).

Acerca de esos años de carrera universitaria, cabe resaltar un punto central que es —a mi parecer— el inicio de la construcción del estilo de vida de Beauvoir. Dos hilos conductores tejen este modo de vida: 1) la pasión por el estudio y la reflexión y; 2) la constitución sólida de una red de amistades que retroalimentaba las inquietudes intelectuales del Castor. Desde un punto de vista sociológico, se podría hablar de la consolidación de un capital cultural y de la creación de un capital social por medio de esta red de amistades. Más precisamente, al “estado incorporado” se agrega el “estado institucionalizado” del capital cultural (Bourdieu, 1979), en la medida en que Simone no sólo sacó provecho de las disposiciones más duraderas que incorporó en su infancia —como la pasión por la lectura—, sino que además se institucionalizó este capital por medio de los títulos escolares —en tres años, Simone aprobó siete certificados de licenciatura (*CJ*:16)—. Estas nuevas adquisiciones correspondían a una trayectoria de vida que decidió ella misma. Como lo subraya *Le Bon de Beauvoir*, Simone no “estudiaba” únicamente para asegurarse una formación profesional, ni tampoco para sólo “instruirse”. Había algo más profundo en Simone frente al estudio. Vivía fases sucesivas de su auto-creación, que reportaba en sus diarios: “Acabo de leer algunos libros inteligentes que me han cambiado” (*CJ*:16).

A lo largo de estos años se dibujó una nueva existencia para Simone, donde el “yo decido” ganó importancia y espacio. Un ejemplo muy ilustrativo de este proceso fue cuando Simone decidió mudarse de la casa de sus padres y vivir sola en un cuarto de un edificio que pertenecía a su abuela materna. Escribió:

El año próximo, aunque me suspendan, no me quedaré en casa, y si apruebo no aceptaré ningún cargo, no me iré de París: en ambos casos, me instalaré sola y viviré dando lecciones. Mi abuela, desde la muerte de su marido, tomaba pensionistas. Le alquilaría un cuarto, lo que me garantizaría una perfecta independencia, sin espantar a mis padres. Estuvieron de acuerdo. Ganar dinero, salir, recibir, escribir, ser libre: esta vez, verdaderamente la vida se abría. (*MJF*:340)

Con respecto a esta decisión, hay que resaltar dos aspectos importantes. El primero es que Simone conquistó una independencia relativa, ya que el cuarto era de su abuela y, por tanto, mantuvo un vínculo de dependencia con su familia. El segundo es que esta salida del hogar parental ocurrió a finales de 1929 y, en aquel momento, pocas mujeres optaban por vivir solas. Y si bien

apareció en los años veinte el modelo de la *garçonne*, es decir, de la mujer conquistando su libertad (Sohn, 1992:167),¹³ esta toma de autonomía seguía siendo vanguardista para la clase social de la que Simone provenía.

5. El encuentro con Sartre: de la *agrégation* al pacto de amor(es)

Sartre respondía exactamente al deseo de mis quince años: era ese doble en quien yo encontraba, llevadas a la incandescencia, todas mis manías.

(MJF:359)

René Maheu presentó al Castor con dos amigos suyos: Paul Nizan y Jean-Paul Sartre. Los cuatro estaban en plena preparación del concurso de la *agrégation* en filosofía.¹⁴ Muy rápidamente, Simone fue seducida por la manera de vivir y pensar de Sartre: “Su espíritu estaba siempre en alerta. (...) Se interesaba en todo y nunca aceptaba nada como resuelto. Frente a un objeto en vez de escamotearlo en provecho de un mito, de una palabra, de una impresión, de una idea preconcebida, lo miraba; no lo abandonaba antes de haber comprendido las circunstancias, sus múltiples sentidos” (MJF:353-354).

Esta fascinación de Simone por Sartre, tal como ella la reconstruyó años después, provino de tres factores mezclados. Primero, la inquietud y connivencia por ciertos temas: “conversando con Sartre, entreví la riqueza de lo que llamaba su ‘teoría de la contingencia’, donde ya se encontraban en germen sus ideas sobre el ser, la existencia, la necesidad, la libertad” (MJF:357). Segundo, el sentimiento de verse de repente dominada por un ser pensante: “era la primera vez de mi vida que me sentía intelectualmente dominada por alguien. Mucho mayores que yo, Garric, Nodier, se me habían impuesto: pero de lejos, vagamente, sin confrontarme con ellos. Todos los días, todo el día, me medía con Sartre y en nuestras discusiones, él era el más fuerte” (MJF:358). Y, por último, la verdadera sensación de ya no estar sola y para siempre:

¹³ El modelo de la *garçonne* sólo tuvo un impacto entre una minoría de mujeres urbanas y parisinas, así como de medios adinerados (Zancarini-Fournel, 2005:186). Retomo este modelo en el apartado siguiente.

¹⁴ La *agrégation* es el concurso más prestigioso en Francia para ser profesor(a) funcionario(a) de la Educación Nacional —existe también el CAPES—. Para una mujer joven en los años veinte, preparar este concurso podía ser visto como un signo de emancipación, como un reto más bien “masculino”. Aunque en la misma promoción de la *agrégation* de 1929 se recibieron otras tres mujeres, había más hombres que mujeres que preparaban el concurso (Deguy y Le Bon de Beauvoir, 2008:19).

Bruscamente, ya no estaba sola. Hasta entonces, los hombres que yo había querido —Jacques y en menor grado Herbaud— eran de otra especie que yo: desenvueltos, escurridizos, un poco incoherentes, marcados por una especie de gracia funesta: imposible comunicarse con ellos sin reserva. (...) Con él [Sartre] siempre podría compartirlo todo. Cuando nos separamos a principios de agosto, yo sabía que nunca más saldría de mi vida. (MJF:359)

El intercambio intelectual y el encuentro amoroso nacieron durante la preparación del examen oral de la *agrégation*, en julio de 1929. En el concurso se recibió primero Sartre, Simone llegó en el segundo lugar, Nizan en el quinto y Maheu fracasó. En aquella época, el éxito del Castor era poco común para las mujeres, sin ser totalmente excepcional. La afirmación de su vocación de escritora y la voluntad de realizarla, liberándose del destino que su condición y su época imponían a las mujeres, no sólo se encuentran en sus memorias sino también en sus diarios. En septiembre de 1929 estableció el programa de su año:

1) Este amor por Sartre que irá a donde querrá (...) Para él, todo lo que le podré dar. 4) Un libro. Bueno o malo, pero de tres a cuatro horas de trabajo al día. 5) Lecturas —unas tres horas al día en la Biblioteca Nacional o en mi casa: historia, literatura y un gran filósofo—. 6) Salidas: concierto por lo menos una vez a la semana (conozco demasiado mal la música), teatro en función de las buenas obras, cine en función del cansancio y de la gente con quien salir. 7) Dos horas de lección al día y 1 500 francos para poder llevar esta vida —unos cien francos ahorrados al mes para mis vacaciones—. 8) Intentar vestirme bien para dar gusto a los compañeros y aprender los trucos de la limpieza indispensables cuando una vive sola. (CJ:772)

Después del concurso de *agrégation*, la ternura y el amor entre Sartre y el Castor crecieron hasta generar entre ellos reflexiones sobre las modalidades de su unión. Para ambos, el casamiento fue una opción descartada: a pesar de sus orígenes sociales y familiares, era inconcebible para ellos encerrarse en tal institución. Una tarde de septiembre de 1929, Sartre propuso: “Firmemos un contrato de dos años” (PdV:26). Este lapso correspondía al periodo de vida militar que se le presentaba y durante el cual ambos tendrían la intimidad más estrecha posible. Luego, cada uno tomaría las riendas de su destino, alejándose para evitar caer en la rutina de lo cotidiano. Se juraron la fidelidad de un “amor necesario” sin prohibirse vivir “amores contingentes”: “Sartre no tenía la vocación de la monogamia; se complacía en la compañía de las mujeres, que le parecían menos cómicas que los hombres; no se lo ocurría a los veintitrés años renunciar para siempre a la seductora diversidad. ‘Entre

nosotros (...) se trata de un amor necesario: conviene que conozcamos también amores contingentes” (*PdV*:25-26).

Podemos considerar que el año 1929 representa, en la trayectoria de vida de Beauvoir, la transición de su juventud a su edad adulta. No sólo terminó sus estudios, cuya cumbre fue la obtención de la *agrégation*, sino que se unió a Sartre. A partir del momento en que Simone estabilizó su vida —marcada por programas intensos de trabajo y una unión libre—, podemos hablar de un “inicio en la vida adulta”. Muchos críticos han visto, en estas ideas, ciertas utopías juveniles —Simone tenía 21 años y Sartre, 23 años—, como la negación a asumirse adultos y relegarse a una vida de adolescentes eternos (Bair, 1991 [1990]:180-182). Sin embargo, la fuerza y la constancia, con la que ambos creyeron en una vida orientada por el estudio y libre del matrimonio, demuestran también que había verdaderos deseos, ya que no fueron abandonados a lo largo del tiempo.

Antes de cerrar estos años veinte, cabe también recordar el contexto socio-cultural que se vincula con todas estas decisiones que tomó Simone hasta 1929. Como lo describe Sohn (1992:167), surgió en Francia el modelo de la *garçonne*: una mujer que deseaba conquistar su independencia financiera, pensar y actuar como un hombre, tener conciencia de su irreductible individualidad (“sólo me pertenezco a mí misma”) y manejar el dinero al igual que los hombres. Aunque las normas tradicionales alrededor de la mujer madre y hogareña seguían vivas, se impuso el modelo de la mujer que “vive su vida” y sin duda fue el que inspiró a Simone. Esto no significa que ella no tuvo que enfrentarse a múltiples prejuicios de la clase social conservadora de la que provenía, porque —como lo subraya Sohn (1992:167)—, este modelo era condenado por gran parte de la sociedad, los políticos derechistas e izquierdistas.

6. La “mascarada” de los años treinta: el oficio de profesora

Se ha visto que yo consideraba también como una mascarada mis ocupaciones rutinarias y entre otras mi oficio de profesora.

(*PdV*:23)

Después de la obtención de la *agrégation*, Simone se quedó en París durante dos años e impartió algunas clases: “Daba lecciones para ganarme la vida y dictaba una clase de latín en el liceo Victor Duruy” (*PdV*:58). A su padre le disgustaba que Simone aún no tuviera un puesto; cuando los amigos de Simone le preguntaban por ella, contestaba molesto: “Anda de juega en París” (*PdV*:60).

Y así era: Simone, al igual que su padre a principios de siglo, iba asiduamente al teatro y al cine y leía desahoradamente. Cada domingo se juntaba con Sartre en París o en Tours, donde él estaba por su servicio militar (*PdV*:52).

En 1931, el Castor obtuvo un puesto de trabajo en Marsella mientras que, a la otra punta de Francia, Sartre empezó a dar clases en un liceo de El Havre. El año siguiente se acercaron geográficamente: ella logró un puesto en Rouen, a una hora de El Havre. Ahí conoció a su colega Colette Audry, que pertenecía a una fracción de oposición trotskista (*PdV*:131-132). En Rouen, Beauvoir se unió también amistosamente con una alumna rusa, Olga Kosakievicz. Apasionado por Olga, Sartre no soportaba que ésta última tuviera sentimientos tan fuertes para él como para otro hombre (*PdV*:275). Rápidamente, Olga, Beauvoir y Sartre formaron un trío: “nuestro primer cuidado fue edificar para ella, para nosotros, un porvenir; en vez de una pareja, seríamos en adelante un trío” (*PdV*:266). Sin embargo, esta configuración dejó de funcionar en 1936 (*PdV*:309).

En octubre de 1936, el Castor obtuvo un puesto de profesora en París, en el Instituto Molière y, un año más tarde, Sartre empezó a trabajar en el Instituto Pasteur. Ambos tuvieron el gusto de regresar a la capital que nunca dejaron a lo largo de su vida: “París siguió siendo el centro de nuestra existencia común” (*PdV*:34). A partir de ese momento se acomodaron en el mismo hotel, pero en habitaciones separadas: “Sartre vivía en el piso de arriba. Teníamos así todas las ventajas de una vida en común y ninguno de sus inconvenientes” (*PdV*:342). Vivir en hoteles implica tener que comer en restaurantes y *brasseries*, y tanto Beauvoir como Sartre articulaban su vida diaria alrededor de los múltiples lugares públicos del barrio Saint-Germain-des-Prés.¹⁵

Durante los años treinta, el oficio de profesor no ocupó gran parte del tiempo de Beauvoir y tampoco del de Sartre. Su curiosidad se aguzaba por todo: se alimentaban de literatura, filosofía, cine, pintura, jazz y ópera. Frecuentaban el teatro del Atelier, que animaban Charles Dullin y Simone Jollivet. Su círculo de relaciones amistosas y amorosas se abrió también a personas más jóvenes que ellos: varias alumnas de Beauvoir, Louise Védrine y Nathalie Sorokine —además de Olga y su hermana Wanda—, y un alumno de Sartre, Jacques-Laurent Bost. En las cartas de Beauvoir a Sartre de entre 1939 y 1941, leemos que la pareja aplicó al extremo su pacto de amor(es): además de estar con Sartre, Beauvoir se relacionaba amorosa y sexualmente

¹⁵ El barrio Saint-Germain-des-prés se sitúa a la extremidad de la rue de Rennes, donde está la iglesia Saint-Germain-des-prés. Históricamente, desde el siglo XVII fue un barrio con cierta alma intelectual (vivían los enciclopedistas así como los futuros revolucionarios, Danton, Marat, Guillotin). Después de la segunda guerra mundial se consolidó como el lugar de la vida intelectual y cultural parisina.

con Olga, Védrine, Sorokine y Bost; y Sartre, además de estar con Beauvoir, tenía sus romances con Védrine y Wanda (CS:39-377).

A lo largo de los años treinta, Beauvoir y Sartre aprovecharon las vacaciones escolares para viajar; en 1931, visitaron España. Beauvoir escribió: “Viajar: había sido siempre uno de mis deseos más ardientes. (...) La idea de pasar seis semanas paseando y mirando me entusiasmaba. (...) caminábamos alrededor de la ciudad, la noche caía sobre la llanura y nos decíamos: ‘Es España’” (Pdv:90). En 1934, El Castor se reunió dos veces con Sartre en Berlín¹⁶ y, con la intención de alejarse de la atmósfera nazi que reinaba en Alemania, fueron a Austria y Checoslovaquia (Pdv:210-217). En 1936, la pareja viajó a Bélgica e Italia: “(...) paseábamos hablando de Stendhal (...). Me gustaba Roma, su alimentación, sus ruidos, sus plazas, sus ladrillos y sus pinos” (Pdv:291). En 1937, Beauvoir se maravilló con Grecia, la Acrópolis y las islas griegas: “En el Pnyx, evocábamos los siglos perdidos, las Asambleas, las muchedumbres, el rigor de la antigua Atenas. Pero, por lo general, estábamos emocionados y nos callábamos” (Pdv:332-333). Acompañada por Sartre, Bost u Olga, Beauvoir visitó también Marruecos, y en Francia viajó por Alsacia, los Alpes, el País Vasco y Auvernia. A partir del invierno de 1934, Beauvoir disfrutó los placeres del esquí con Sartre en el valle de Chamonix (Pdv:226-237).

Todos estos viajes parecían tener una sola función: la adquisición del conocimiento de los lugares en sus aspectos tanto geográficos como históricos. Durante estos paseos ociosos, Simone percibía el ascenso fulminante del fascismo, pero sin sentirse entonces implicada y afectada por los sucesos políticos. Escribió que, en 1933, “el mundo existía a la manera de un objeto de innumerables repliegues cuyo descubrimiento siempre sería una aventura, pero no como un campo de fuerzas capaces de contrariarme. (...) Leía a Marx, a Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa* de Trotski, la obra de Farbman (...) Pero los artículos políticos me aburrían” (Pdv:162-163). En 1935, cuando la izquierda celebró su victoria, Beauvoir y Sartre se quedaron pasivos: “quinientas mil personas desfilaron con banderas tricolores, cantando y gritando. Gritaban sobre todo: ‘La Roque al paredón’ y ‘¡Viva el Frente Popular!’ (...) Los acontecimientos podían suscitar en nosotros violentos sentimientos de ira, de temor, de alegría: pero no participábamos, seguíamos siendo espectadores” (Pdv:237). Sin embargo, los acontecimientos políticos del final de los años treinta produjeron un cambio en Beauvoir: “(...) la primavera de 1939 marca un corte en mi vida. Renuncié a mi individualismo, a mi antihumanismo. Aprendí la solidaridad” (Pdv:389).

¹⁶ Entre septiembre de 1933 y junio de 1934, Sartre obtuvo una beca para estudiar durante un año.

Situada entre 1929 y 1939, esta década permite vislumbrar dos grandes vertientes en la historia de Beauvoir. Primero, se puede hablar de una vida sin trabas y típica de la clase burguesa. Como lo advierte Bell (1977:34), “lo que define a la sociedad burguesa no son las necesidades, sino los deseos”; y, en esa época, la vida de Beauvoir parece particularmente fundada en cierto hedonismo, llena de deseos y vacía de preocupaciones por las necesidades básicas. Vivir en hoteles, consumir en los restaurantes y hacer “turismo” implican tener los recursos económicos suficientes para eso. Más allá de lo económico, vivir en hoteles y sustentarse en lugares públicos le permitían liberarse de las tareas domésticas —limpieza y cocina— que seguían incumbiendo penosamente a toda mujer.¹⁷ En la Francia de los años treinta, el agua, la luz y el gas apenas empezaban a tener una más amplia distribución en los hogares —reduciendo así la carga de trabajo de las mujeres—, y los nuevos aparatos domésticos, como la lavadora, seguían en ese tiempo fuera del alcance de muchas carteras (Sohn, 1992:175-178).

Si añadimos a estos elementos materiales la relativa despreocupación de Beauvoir por los eventos políticos y sus consecuencias en la vida cotidiana, resulta entonces fácil seguir posicionándola en el estilo de vida burgués. Es más, con Bell (1977:30-33), cabe nuevamente agregar que Beauvoir vivía en este individualismo e “idolatría del yo” tan característicos de la sociedad burguesa. Si bien en 1931 el sueño de Beauvoir y Sartre era liberarse de toda condición —“No pertenecíamos a ningún lugar, a ningún país, a ninguna clase, a ninguna profesión, a ninguna generación” (*Pdv*:23)— y acabar con la clase burguesa —“la burguesía como clase era nuestra enemiga y deseábamos su liquidación” (*Pdv*:37)—, reconoció su engaño al principio de la *Plenitud de la vida*. De hecho, cómo no reconocerlo si durante toda su vida Sartre y ella pertenecieron a un *beau quartier* de París, a la clase de (pequeños) burgueses y a la generación de filósofos e intelectuales nacidos a principios del siglo XX.¹⁸

Como segunda vertiente quisiera resaltar cómo concibió su oficio de profesora. Escribió: “Mi oficio no me aburría. Las reuniones de profesores eran fastidiosas (...) seguí negándome a toda solidaridad con mis colegas (...) conservaba mis distancias (...). En cuanto a mis cursos, los daba con placer” (*Pdv*:375). En las *Cartas a Sartre*, vemos que su profesión era a la vez arraigada en su vida cotidiana¹⁹ y puesta entre paréntesis. No parecía tardarse en preparar sus cursos; cuando decía a Sartre “trabajé bien hoy” era porque había

¹⁷ Resaltamos este punto porque sabemos bien que Beauvoir difundió más tarde la idea según la cual las tareas domésticas eran una fuente de alienación para las mujeres.

¹⁸ Entre otros, citemos a Lévi-Strauss, Merleau-Ponty, Aron y Camus.

¹⁹ En 1939, por ejemplo, daba diecisiete horas de clase a la semana en los institutos Camille Sée y Henri IV (*CS*:181).

escrito durante horas sin interrupción. Nunca se relacionaba con sus colegas de trabajo; pero sí tejía vínculos fuertes y complejos con ex alumnas más jóvenes que ella. Aunque Beauvoir ya no desempeñaba el papel de profesora frente a éstas,²⁰ transparentaba la jerarquía profesora/alumna. En 1939, Beauvoir describía a Sartre los comportamientos infantiles que, de repente, tenían Védrine o Sorokine, enojadas de que Beauvoir no les hacía caso. En estas cartas, Beauvoir no aparece como la pareja de cada una, sino como la proveedora económica y la ayudante afectiva de éstas. Cuando el berrinche de éstas superaba los límites, Beauvoir abandonaba el poder de decisión que tenía en la mayoría de las circunstancias, y les brindaba el cariño que reclamaban.

Acerca de esta sexualidad libre, cabe recordar dos puntos. Primero, la bisexualidad forma parte del perfil de la *garçonne* (Sohn, 1992:167) y, en tiempos de guerra, cuando los hombres iban al frente, las relaciones lesbianas eran más frecuentes de lo que la sociedad quería reconocer (Thébaud, 1992:99). En este sentido, no fue sorprendente que Beauvoir desarrollara este tipo de vínculos. Lo que atrajo violentas críticas fue, en cambio, que la mujer, que luchó más tarde contra las formas de dominación, estuviera ella misma desarrollando estas relaciones jerárquicas y de autoridad. De ahí el segundo punto que fue, de alguna manera, el “castigo”. Inconvenientes desde un punto de vista moral, estas relaciones la llevaron a despedirse definitivamente de la Educación Nacional cuando, en 1943, la madre de Sorokine la denunció por “corromper a menores”. La administración de Vichy, que tanto abogaba por “Trabajo, Familia y Patria”, la hizo dimitir de sus funciones de profesora (CS:601; Logeart, 2008:12). En sus memorias, Beauvoir evocó rápidamente este episodio desgaciado con la Educación Nacional y, evidentemente, nunca mencionó sus relaciones homosexuales.

7. De la segunda guerra mundial al “existencialismo”

La Historia se apoderó de mí para no soltarme más; por otra parte me interné a fondo y para siempre en la literatura.

(*Pdv*:389)

El 3 de septiembre de 1939 se declaró el comienzo de la segunda guerra mundial. Separada de Sartre y Bost, y preocupada por lo que vivían, Beauvoir se dedicó a una actividad epistolaria intensa. La publicación póstuma de estas cartas (CS y CC) reveló la potencia de los vínculos afectivos entre Beauvoir y

²⁰ Excepto con Sorokine, a ella Beauvoir le daba clases particulares, y luego seguía el momento de las caricias (CS:185, 528).

cada uno de los dos. A pesar de las interdicciones, inventó subterfugios para visitarles en 1939 y 1940: se reunió con Sartre en Brumath gracias a la obtención de un permiso (*PdV*:451). De igual manera, visitó a Bost en Charmont y Nettancourt (*CS*:497-499). Esa situación de separación e inquietudes alcanzó su apogeo en 1940, cuando en mayo Bost fue gravemente herido, y cuando en junio Beauvoir padeció el éxodo y el París ocupado antes de enterarse de que Sartre estaba prisionero en Alemania. Acerca de esto, escribió: “No creo que pueda caer nunca más bajo que durante ese regreso por las calles vacías (...) ya no había hombres, nunca más los habría, y yo no sabía por qué sobrevivía absurdamente. (...) comprendí que Sartre estaría prisionero por un tiempo indefinido, que tendría una vida horrible (...) fue para mí el momento más atroz de toda la guerra” (*PdV*:492 y 479).

Sartre se evadió del cautiverio en marzo de 1941 (*PdV*:522). Este reencuentro inundó a Beauvoir de felicidad, aunque estuvo desconcertada por la nueva “rigidez de su moralismo” (*PdV*:522). Sartre había vuelto a París para “obrar” y fundar un grupo de resistencia al nazismo llamado “Socialismo y libertad” (*PdV*:523-525). El verano que siguió, Sartre y Beauvoir surcaron en bicicleta la Francia libre con la intención de que Gide y Malraux se suscribieran al proyecto (*PdV*:539). La empresa fue vana.

Del lado familiar y cotidiano, Beauvoir sufrió nuevas privaciones. En julio de 1941 murió su padre (*PdV*:533). El invierno que siguió fue rudo. En el hotel Mistral rentó una habitación con cocina y preparaba las comidas para ahorrar sus recursos: “Vigilaba la salida de los bonos, nunca dejaba perder ni uno; en las calles, más allá de los escaparates ficticios de las tiendas, trataba de descubrir algún producto en venta libre. (...) El primer almuerzo que hicimos en mi cuarto consistió en una ‘chucrute de nabos’” (*PdV*:547).

La segunda guerra mundial fue un periodo de intensa escritura para Beauvoir. Además de las cartas cotidianas, llenaba su diario y escribía *La invitada* (*LI*), que se publicó en agosto de 1943.²¹ Inspirada en el trío Sartre-Olga-Beauvoir, la novela trata el problema de la existencia del otro, a través de los celos: invitada de Françoise y Pierre, Xavière es una joven caprichosa, pueril y traicionera. Françoise ve a ésta como una rival que le roba su posición de centro absoluto en el trío, lo que lleva a un desenlace trágico. La novela fue recibida favorablemente. Beauvoir afirmó: “Así suscitó a través de mi libro curiosidades, impaciencias, simpatías; a algunas personas les gustaba. (...) *La invitada* existía para los demás y yo había entrado en la vida pública” (*PdV*:607). En aquella época se relacionó con otras personas públicas como Albert Camus y Michel Leiris (*PdV*:608-610).

²¹ *La invitada* tuvo un tiraje de 22 000 ejemplares, a pesar de las restricciones de papel durante la guerra.

Conforme avanzó el año 1944, se fue borrando el ambiente de la guerra. En enero, Beauvoir y Bost esquiaban en los Alpes. En marzo y en abril se organizaba “lo que Leiris llamó fiestas” (*PdV*:623). El desembarco aliado no se había producido y París seguía ocupada; sin embargo, para Beauvoir y los demás se trataba de crear la emoción colectiva para hacer más tangible la victoria. Se buscaba abrir de nuevo el porvenir: Beauvoir re-encontraba su certidumbre de que vivir podía ser “una dicha” (*PdV*:625).

En septiembre de ese mismo año, Gallimard publicó *Pyrrhus et Cinéas* y Beauvoir imputó el éxito de su obra a la Liberación: “(...) en la euforia general y también porque habíamos estado privados de ideología y de literatura durante esos cuatro años, ese pequeño ensayo tuvo muy buena acogida” (*FC*:24-25). El libro aborda la libertad, la acción del individuo dirigida hacia ciertos fines, así como su comunicación con él mismo y los demás. Algunos meses antes, en el Café de Flore, Jean Grenier había preguntado a Beauvoir si era “existencialista”. En aquel momento, ella ignoraba el sentido de esta palabra. Sartre le empujó: “¡Inténtelo!” (*PdV*:595).²² Así lo logró con ese ensayo y escribiendo *La sangre de los demás* (1945). La novela trata la difícil relación amorosa que une a Jean con Hélène. La pregunta rectora es: ¿tenemos derecho de exponer la vida del otro, aunque fuese para los mejores motivos? *La sangre de los demás* es la que se derrama durante el aborto clandestino de Hélène, herida durante un atentado anti-alemán organizado por Jean. El texto se enfoca en el tema de la culpa y la responsabilidad. Tomando la ocupación como telón de fondo, describe el éxodo y el temor de los primeros resistentes. El público acogió el libro como “una novela de la Resistencia” (*FC*:53-54).

La etiqueta “existencialista” fue, en realidad, causa de confusiones y diferencias (*FC*:55-56). En 1945, la liberación de París generó una vida nocturna excéntrica cuyos actores fueron considerados como “los existencialistas”. Sin embargo, este folclorismo difería radicalmente de la filosofía de Sartre. Los periodistas no hicieron la distinción: buscaban la anécdota escandalosa, perseguían a los escritores en los cafés y las bodegas del barrio Saint-Germain-des-Prés, donde se bailaba y escuchaba jazz. En aquel momento, Beauvoir empezó a ser reconocida: su nombre aparecía en la prensa y algunas personas la abordaban en el Café de Flore y en los Deux Magots. Acerca de su notoriedad, escribió: “(...) reía si me llamaban ‘la gran sartriana’ o ‘Nuestra señora de Sartre’ (...). Tampoco exageraba su importancia: era muy tenue comparada con la de Sartre” (*FC*:64). Ese mismo año salieron la revista *Les*

²² En la versión castellana aparece: “¡Inténtalo!” en vez de “¡Inténtelo!” para “*Essayez donc!*”; sin embargo, modifiqué la traducción porque Sartre y Beauvoir se hablaron de usted durante toda su vida.

Temps Modernes —Beauvoir entró en el comité de redacción—, así como la primera y única obra de teatro de Beauvoir, *Las bocas inútiles*.²³

La tercera novela de Beauvoir, una fábula filosófica, se titula *Todos los hombres son mortales*, y se publicó en 1946: nacido en el siglo XIII, el conde Fosca asume el mando de la floreciente ciudad de Carmona. Su ambición de dominio no acepta los límites que le impone la muerte: los años de una vida no le bastan para realizar sus proyectos y consigue un brebaje que le transmite la inmortalidad. Este privilegio se convierte en un vivir sin motivo. Siglo tras siglo, Fosca pierde sus intereses, sus pasiones y los sufrimientos de los mortales: es un maldito. Con esta obra, Beauvoir sugirió que la muerte es una condición necesaria que da todo el valor a la existencia humana (FC:83-87). Desentrañando el sentido último de las acciones humanas, fue reconocida como representativa del existencialismo francés. Al año siguiente, Beauvoir publicó *Para una moral de la ambigüedad*. Defendía esta vez un existencialismo al que se reprochaba reducir al hombre a la desesperanza en un mundo sin Dios ni valores.

En relación con todo lo anterior, quisiera enfocarme principalmente en la construcción de la identidad profesional de Beauvoir. El contexto socio-cultural es la segunda guerra mundial. Bajo el régimen de Vichy, nos recuerda Eck que “las malas mujeres son las que rechazan la maternidad” y que la única vía posible para compaginar felicidad personal y utilidad social es educar a los hijos, trabajar para mantener el hogar hasta que regrese el jefe de familia ausente y prisionero en Alemania (Eck, 1992:292-301). Beauvoir estaba en total ruptura con este esquema. Como sus compatriotas, padeció privaciones afectivas y materiales: sus amores estaban en el frente, se mudó a un hotel sórdido y se puso a cocinar para ahorrar.²⁴ A diferencia de muchas mujeres, sus ojos e intereses no estaban centrados en el hogar, tampoco en la crianza de una progenitura. Definitivamente, Beauvoir estaba en ese momento en otro ámbito social que el dominante: estaba en la esfera de los intelectuales y bohemios socialmente privilegiados.

En sólo tres años (1943-1946), publicó tres novelas, una obra de teatro y un ensayo. Más allá del carácter prolífico de esta producción, lo interesante es observar cómo o con qué fuerza Beauvoir se afirma como “escritora”. A partir de un trabajo de campo con escritores, Heinich (1995) destaca lo pro-

²³ “Las bocas inútiles” son las de las mujeres, de los ancianos y de los niños que, durante el asedio de una ciudad, eran expulsadas hacia los fosos por los combatientes para defenderse del hambre (pdr:639).

²⁴ Como tampoco padeció hambre, podemos insistir en que su origen y condición social la protegieron bastante de los sufrimientos de esa época.

blemático de esta identidad profesional cuyo imperativo de singularidad está en su centro. Para que una persona declare “soy escritora”, tiene —según la autora— que “decirse”, “ser dicha por los demás” y “sentirse” escritora. En otros términos, esta declaración identitaria debe pasar por una autopercepción fundada en un profundo sentimiento personal y en un reconocimiento por el otro —generalmente ratificado por medio de la publicación—. Heinich (1995) nos recuerda que este oficio no es tan fácil de declarar como cualquier otro, y esto esencialmente por las razones siguientes: 1) la connotación demasiado prestigiosa y pretenciosa que va con la etiqueta “escritor(a)”; 2) esta actividad creadora es forzosamente remuneradora y; 3) uno puede escribir y no sentirse escritor. Con sus 35 años y a la mitad de su vida, Beauvoir se dice, se siente y es vista por los demás como escritora. Afirmó: “Me había habituado a mi piel de escritora y ya no miraba ese nuevo personaje diciéndome: soy yo. Me entretenía ver mi nombre en los diarios y durante algún tiempo me divertieron el ruido hecho en torno de *nosotros*, mi papel de figura muy parisina” (FC:64). En esa época, Beauvoir tenía la plena conciencia de haber realizado su sueño de juventud, lo que le confirmó su vocación. Por supuesto, cuando ella narró este momento muchos años más tarde, se sentía seguramente aún más escritora y legítima para decirlo; sin embargo, las acciones eran reales: cinco publicaciones en tres años y un entorno intelectual —subrayado por el “nosotros” de la cita arriba— propicio para poder existir de esta manera. En esta época, su identidad profesional la singulariza hasta el punto de que ya no es Simone sino Beauvoir.

8. Dos obras magistrales: *El segundo sexo* y *Los mandarines*

Me hubiera sorprendido y hasta irritado si a los treinta años me hubieran dicho que me ocuparía de problemas femeninos y que mi público más serio serían mujeres.

(FC:232)

De enero a mayo de 1947, Beauvoir fue a Estados Unidos a dar conferencias sobre “los problemas morales del escritor de la post-guerra”. En su diario de viaje refirió unas 24 conferencias en diversos lugares y universidades como Nueva York, Los Ángeles, Berkeley, Harvard y Boston (AD:24, 117-122, 151, 300, 318-328). En Chicago, en febrero, conoció al escritor Nelson Algren, y se entendieron bien enseguida: “En *América día tras día* hice un relato fiel de mi primer encuentro con él (...) pero no he dicho qué complicidad se estableció inmediatamente entre nosotros” (FC:156). La nueva pareja se reuniría durante

varios años seguidos. En mayo de 1948 visitaron México y Guatemala. Acerca de la ciudad de México y de Michoacán, Beauvoir escribió:

México era una verdadera ciudad donde pasaban cosas; callejamos por los arrabales y por los barrios de mala fama. (...) Volvíamos al centro para comer pavo al chocolate, tamales que arrasaban la boca (...). Estaba contenta en el mercado de Pátzcuaro donde los indios vestidos de azul venden tejidos azules. Atravesamos el lago de la isla de Janitzio, decorada de arriba abajo con líneas de pescadores; me compré blusas bordadas. (FC:193-194)

Paralelamente al romance con Algren, Beauvoir elaboró *El segundo sexo* y concibió la célebre fórmula: “La mujer no nace, se hace” (SS II:15). Quería demostrar que la feminidad no es un hecho de la naturaleza, ni una esencia intangible, sino una construcción social e histórica. Su idea central era que, en nombre de esta supuesta “naturaleza femenina” creada desde hace milenios, las mujeres se veían mantenidas en la dependencia y en un lugar secundario. Escribió:

en todo caso el hombre se ponía como el Sujeto y consideraba a la mujer como un objeto, como la Otra (...) Uno de los malentendidos que ha suscitado mi libro consiste en que se ha creído que yo negaba toda diferencia entre el hombre y la mujer: por el contrario, al escribirlo medí lo que los separaba; lo que sostiene es que esas desemejanzas son de orden cultural y no natural. (FC:224-225)

El propósito de Beauvoir era denunciar la opresión generada por la tradición: no sólo la mujer es condicionada por su educación, sino por los mitos que los hombres han forjado de ella a través de las cosmologías, las ideologías, las literaturas (SS I:185-297). Después de un recorrido sobre las distintas etapas de vida de las mujeres, el segundo volumen concluyó sobre la esperanza y la necesidad de acabar con la injusticia intolerable de la desigualdad de sexos: “(...) cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la humanidad, [ésta] revelará su auténtico significado y la pareja humana encontrará su verdadera figura” (SS II:503).

En 1949, la publicación de *El segundo sexo* tuvo inmediatamente un “éxito de escándalo”.²⁵ Beauvoir contó: “Firmados o anónimos, recibí epigramas, cartas, sátiras, amonestaciones, exhortaciones que me dirigían, por ejemplo, ‘miembros muy activos del primer sexo’” (FC:226). Furioso, François Mauriac escribió a *Les Temps Modernes*: “He aprendido todo sobre la vagina de su patrona” (FC:226). Camus le acusó de haber “ridiculizado al

²⁵ Se vendieron 22 000 ejemplares durante la primera semana (FC:225).

macho francés” (FC:229). Algunas librerías se negaron a vender la obra. El Vaticano la condenó. Hostil a los existencialistas, el Partido Comunista decretó que “esto” no interesaba a las obreras.

No se sabe qué opinó Algren de *El segundo sexo*. Lo seguro es que, a pesar de formar parte del primer sexo, él no quería estar en una posición secundaria. Constatando que Beauvoir no dejaría París ni a Sartre, decidió romper con ella en 1950, después de una visita de ella durante el verano (LNA:396). Como lo atestigua la correspondencia con Algren, Beauvoir sufrió esta ruptura afectiva y llegó rápidamente un nuevo amor: Claude Lanzmann, diecisiete años menor que ella y colaborador de *Les Temps Modernes*. Harta de vivir en hoteles, Beauvoir rentó, a partir de 1948, un departamento cerca de Notre-Dame (FC:201). A finales de 1952, por primera y única vez, un hombre, Claude Lanzmann, se instaló y convivió con ella durante 6 años (FC:337).

Después de *El segundo sexo*, en 1954 apareció la obra *Los mandarines*. La novela trata las esperanzas y las ilusiones perdidas de la post-guerra, a través de una docena de personajes. Entre éstos destacan Anne, psicoanalista poco convencida por Freud —tal como lo eran Beauvoir y Sartre—, su marido Robert, escritor comprometido con la política, y su hija rebelde; Henry, director del diario *L'Espoir* —parecido a *Combat*, que dirigía Camus—, y su mujer, Paule, alienada por el amor a Henry. Dentro de este grupo de intelectuales de izquierda se siente la disgregación de la fraternidad que procede de la Resistencia. Beauvoir puso mucho de ella a la vez en Anne y Henri, y transpuso algunos aspectos de su amor por Algren en la pasión que desgarró a Anne y Lewis. A diferencia de *El segundo sexo*, la obra fue acogida sin problemas: “Contrariamente a mis previsiones, fueron los críticos burgueses quienes encontraron que mi novela estaba impregnada de un buen anticomunismo, mientras que los comunistas vieron en él, justamente, un testimonio de simpatía. En cuanto a la izquierda no comunista, yo había intentado hablar en su nombre” (FC:371). Aún más: Beauvoir ganó el Premio Goncourt, lo que le permitió alcanzar al gran público (FC:371-374).²⁶

En este periodo conviven y culminan los éxitos y los escándalos en la vida de Beauvoir. *El segundo sexo* produjo el efecto de una bomba, y esto no extraña: la obra desvalorizaba la función maternal de las mujeres cuando reinaba en Francia una política familiar y maternalista que se imponía desde los años treinta, y que luego se vio reforzada por los años del *baby boom* (Chaperon,

²⁶ Fundado por *La Société Littéraire des Goncourt* e instituido a partir de 1903, el Premio Goncourt es el premio literario francés más prestigioso. El(la) escritor(a) que lo gana obtiene enseguida mucha notoriedad. En un mes se vendieron 40 000 ejemplares de *Los mandarines* (FC:371).

2000:151-167). Lo más asombroso es que nada —excepto en su estilo de vida personal— dejaba presentir que podía preparar tal obra. La Francia de entre-guerras vivió, por ejemplo, un fuerte crecimiento de la sindicalización femenina (Sohn, 1992:193), pero no tenemos elementos sobre el interés de Beauvoir en este aspecto. ¿Con la aparición de *El segundo sexo* se concibió Beauvoir como feminista? Aparentemente no... sin contar que la etiqueta no estaba realmente en boga. Es más: infringió su regla de “los domicilios separados” para vivir con Lanzmann, poco tiempo después de la publicación. Podemos mencionar otro escándalo derivado del éxito. Con *El segundo sexo* y *Los mandarines*, Beauvoir no sólo se afirmó como una escritora más comprometida ideológicamente, sino que estos dos libros fueron puestos en el Índice por la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, en Roma, el 12 de julio de 1956 (Galster, 2004:298-299).²⁷ Más que un hecho anecdótico, este rechazo del Vaticano hace eco a su postura tomada en la adolescencia, cuando dejó de creer en Dios a los catorce años.

9. Los años cincuenta: Beauvoir y Sartre viajando por el mundo

Ser un escritor conocido tiene evidentes ventajas; ya no hay tareas cotidianas para ganar el sustento sino un trabajo querido, encuentros, viajes, una captación de los acontecimientos más directa que antes.

(FC:754)

Como lo vimos anteriormente, Simone y Sartre visitaron buena parte de Europa en los años treinta. La segunda guerra mundial cambió forzosamente esta actitud. Después de ese periodo, sus viajes al extranjero estuvieron marcados por cierta conciencia política que se despertó en ella. En abril de 1945, invitada por el Instituto Grancés, Beauvoir fue a Lisboa a dar conferencias. A su regreso, redactó artículos para *Combat* cuya publicación tuvo que suspenderse por su crítica tan fuerte hacia el régimen de Salazar (FC:44). Paralelamente a la discrepancia que Beauvoir tenía con los dictadores de la península ibérica, quería atestiguar las desigualdades sociales en Portugal: “Bajo las coloreadas telas, esta gente tenía hambre; caminaban descalzos, con el rostro contraído, y en los pueblitos falsamente gráciles yo advertía sus miradas idiotizadas (...). La burguesía portuguesa soportaba con mucha serenidad la miseria de los otros” (FC:41-42).

²⁷ La puesta en el Índice tiene como consecuencia la prohibición de estos libros para la comunidad católica.

Como ya se mencionó, dos años más tarde Beauvoir voló a Estados Unidos y escribió *América día a día*, un diario redactado en el mismo tono crítico y político de los artículos para *Combat*. En este libro describió la sociedad estadounidense de la post-guerra y se enfocó en sus plagas, como las desigualdades sociales y el racismo: “(...) ese credo, profundamente arraigado en el corazón de todos los blancos, sin exceptuar los del sur, encuentra, en el trato que se dispensa al negro, el más flagrante mentís: nadie garantiza que su condición u oportunidades sean iguales a las de los blancos” (AD:248).

En 1949, después de una vuelta en Italia, Beauvoir y Algren fueron a Túnez, Argelia y Marruecos, y disfrutaron los hábitos locales como verdaderos turistas (FC:221-223). Al año siguiente, Beauvoir regresó con Sartre a Argelia y bajaron al sur: “Leiris, etnógrafo especializado en el África negra sugirió a Sartre que fuera a ver en el lugar mismo lo que allí pasaba (...) Desde diciembre de 1949 reinaba el terror en la Costa de Marfil: se había detenido, torturado, muerto a numerosos dirigentes del R.D.A.”²⁸ (FC:245). Viajando en camión, en las condiciones más toscas, cruzaron el Sahara, pasaron por Tamarrasset y llegaron hasta Bamako y Dakar (FC:245-267).

Invitados por el gobierno maoísta, Beauvoir y Sartre fueron dos meses a China, en 1955. A cambio de esta invitación, el gobierno les pedía popularizar en Occidente la revolución en marcha. Sus primeras impresiones acerca de la pobreza fueron tan impactantes para ella como diez años antes en Portugal: “(...) por vez primera comprendí plenamente el sentido de la expresión: país subdesarrollado. Supe lo que significaba la pobreza en una escala de 600 millones de hombres. (...) la roña, la miseria, la mortandad infantil, las epidemias, la mala alimentación crónica, el hambre” (FC:392). Este viaje le inspiró *La larga marcha*, que se publicó en 1957. Esta obra pinta a una China en plena transición hacia un comunismo nacional. El primer plan quinquenal (1953-1957) tenía por objetivo la progresiva realización de la industrialización socialista del país, la transformación de la agricultura, la industria artesanal, el comercio y la industria privada. Beauvoir alimentó su escrito con estadísticas, informaciones oficiales y las observaciones que hizo durante sus paseos en Pekín y en las ciudades del sur (FC:406-407). Describió los pueblos, las familias y la emancipación femenina. El balance para ella era positivo. Los enemigos del régimen y de la pareja Sartre-Beauvoir atacaron esta visión idílica: “Por supuesto que, cuando apareció *La larga marcha*, los anti-comunistas la emprendieron conmigo; en los Estados Unidos, cuando se tradujo el libro, hubo alboroto” (FC:407).

²⁸ R.D.A. significa *Rassemblement Démocratique Africain*.

Durante esos años, Beauvoir abrió los ojos sobre las realidades de los países menos avanzados. *Les Temps Modernes* denunciaron los campos soviéticos y el golpe de Budapest: “Sartre condenó sin reserva la agresión soviética [en Hungría]; dijo que rompía, ‘con pena pero de manera total’ con sus amigos soviéticos, y (...) con los responsables del P.C. francés. (...) Con él y otros escritores, firmé una protesta contra la intervención rusa” (FC:423-424). Paralelamente a estas rupturas, Beauvoir y Sartre guardaban fe en las democracias populares y fueron invitados a América Latina.

En febrero de 1960, Beauvoir y Sartre fueron recibidos casi como jefes de Estado en Cuba. Estuvieron tres días con Fidel Castro y encontraron al Che Guevara (FC:570-571). Visitaron La Habana y toda la isla. Seducido por lo que la revolución daba al pueblo cubano, Sartre escribió el reportaje: “Huracán sobre el azúcar”. En palabras de Beauvoir: “Fue una experiencia apasionante asistir a la lucha de seis millones de hombres contra la opresión, el hambre, los tugurios, la desocupación, el analfabetismo, comprender sus mecanismos y descubrir sus perspectivas” (FC:570). El mismo año, Beauvoir y Sartre se quedaron dos meses en Brasil. En este país los recibieron los intelectuales progresistas y en particular Jorge Amado. Dieron múltiples conferencias y visitaron, entre otras ciudades, Río, Bahía, Brasilia y fueron a la Amazonía (FC:594-662). Este viaje tuvo aún más sentido después de la experiencia cubana en la medida en que, según Beauvoir,

El porvenir de la isla [Cuba] se jugaba en gran parte en América del Sur, donde se perfilaban corrientes castristas: Sartre se propuso hablar de Cuba a los brasileños. Habíamos visto una revolución triunfante. Para comprender el Tercer Mundo era necesario que conociéramos un país subdesarrollado, semicolonizado, en el que las fuerzas revolucionarias todavía estaban encadenadas y tal vez no lo estarían durante mucho tiempo. (FC:594)

En los años cincuenta, Beauvoir y Sartre parecían verdaderos embajadores de la izquierda intelectual francesa. Sus numerosos viajes por el mundo entero, privados u oficiales, explicaron en parte esta irradiación internacional que ambos tuvieron más tarde. Ahora bien, cabe contextualizar estos viajes. Como Beauvoir nos lo recuerda en el incipit de *América día a día* (AD:11-14), esta época se corresponde con la embriaguez que procuran los “primeros” vuelos en avión para hacer turismo. En este sentido, la pareja Beauvoir-Sartre está en perfecta armonía con la cultura de los años cincuenta, tal como la describe Bell (1977:75-78) al hablar de la imposición de la moralidad de la diversión, del “cómo gastar y gozar” que podían plantearse las clases altas avanzadas y —añadiré— las personas quienes, además de un poder económico, tenían

redes sociales potentes para ser invitadas. Durante estos viajes, Beauvoir recopilaba materia para luego escribir a su regreso: “En estos años que cuento tomé muchas vacaciones: esto consiste en general en trabajar en otra parte” (FC:325).

Se abrió otra faceta de la curiosidad de Beauvoir: entender la realidad de los pueblos oprimidos y lo que significa la pobreza. Más allá de la comprensión y de la constatación, Beauvoir difundió sus propias ideas —unidas a las de Sartre— acerca de las revoluciones en curso. Nuevamente, podemos afirmar que este impulso por lo oprimido correspondía con la tendencia de los años cincuenta. Después de la indignación y los temores que había arrojado la segunda guerra mundial, paralelamente a la “sociedad de masas” se redescubrían la “alienación”, el sentimiento de impotencia que los individuos experimentan en la sociedad (Bell, 1977:52-55).

El término “impotencia” no caracterizó, sin embargo, la vida de Beauvoir en ese periodo. Mientras viajaba como embajadora y miraba hacia otras sociedades, se arraigó en el París de Montparnasse y de Saint-Germain-des-Prés.²⁹ Afirmó: “Económicamente soy una privilegiada. Desde 1954 mis libros me dan mucho dinero; me compré un auto en 1952 y en 1955 un departamento” (FC:755). Este nuevo lugar le dio la sensación de una instalación definitiva (FC:405).

10. La fuerza de la autobiografía y la rabia de la Guerra de Argelia

Siempre imaginé oscuramente que mi vida se grababa con su más mínimo detalle en la cinta de algún grabador gigantesco y que algún día devanaría todo mi pasado.

(FC:436)

Al alba de sus 50 años, Beauvoir cumplió un antiguo proyecto: escribir sobre ella misma. Afirmó a Algren en su carta del 1° de enero de 1957: “Voy a emprender algo muy diferente, memorias de infancia y de juventud, no me limitaré a un simple relato sino que intentaré profundizar: ¿Quién era yo? ¿Cómo me convertí en la persona que he llegado a ser, en relación con el mundo que me tocaba vivir y que me sigue tocando vivir?” (LNA:571-572). Entre 1958 y 1964 publicó tres volúmenes de memorias y el relato de la muerte de su madre.

²⁹ Esta zona se extiende a lo largo de la rue de Rennes: de la torre Montparnasse a la iglesia Saint-Germain.

Las *Memorias de una joven formal* van de la infancia al año decisivo de 1929. El hilo conductor es la conquista de una emancipación. Explicó haberse abierto a nuevos valores de libertad rechazando el conformismo al que la destinaba su condición burguesa. Puso en paralelo la ascensión exitosa de su juventud con la muerte de su gran amiga y otorgó a su propia sobrevivencia un sabor de injusticia y culpabilidad. Así terminan las *Memorias*: “Juntas habíamos luchado contra el destino fangoso que nos acechaba y he pensado durante mucho tiempo que había pagado mi libertad con su muerte” (*MJF*:375).

En el mismo momento que se interrogaba sobre quién era, Beauvoir se sentía mal en su propio país. En la primavera de 1957 llegaron a la redacción de *Les Temps Modernes* testimonios sobre torturas en Argelia y esas inútiles matanzas la indignaban profundamente (*FC*:401). Algunos meses más tarde, Beauvoir abogó a favor de Jacqueline Guerroudj, ex alumna de Rouen, maestra en Argelia, casada con un maestro musulmán y miembro de la A.L.N. Con su marido, había entregado una bomba para los locales de E.G.A. (Electricidad y Gas de Argelia). Todos fueron condenados a muerte; sin embargo, merced a la campaña de la izquierda —a la que se asoció Beauvoir— se obtuvo su indulto (*FC*:449).

Durante ese periodo de crisis que se extendió de mayo a octubre de 1958, escribió “Diario de una derrota” (*FC*:457-527). Radicalmente anti-gaullista, el equipo de *Les Temps Modernes* se oponía al regreso del general al poder. Beauvoir se convirtió en una militante activa: bajó a la calle, tomaba la palabra en los *meetings*, pero sin poder impedir la victoria del “sí” en el referendo. El 4 de septiembre de 1958 se manifestó en París con el bando opuesto al referéndum para la Quinta República: “Finalmente, nos encontramos en la calle Bretagne y la gente sacó banderines, pequeños afiches, carteles, globos con la palabra NO, en medio de aplausos. Se gritó: ‘Abajo De Gaulle’ al ritmo de los estribillos de estudiantes (...) entonces la policía avanzó, por delante, por detrás, no había ninguna salida, la multitud fue salvajemente apaleada” (*FC*:513).

El 2 de junio de 1960, Beauvoir tomó la defensa de Djamilia Boupacha, joven argelina de veintitrés años y miembro del Frente de Liberación Nacional, torturada y violada con una botella, defendida por la abogada Gisèle Halimi (*FC*:583-589). Ésta y Beauvoir co-firmaron una recopilación de testimonios en contra de los militares franceses (Beauvoir y Halimi, 1962). Luego, a finales de 1960, era el “Manifiesto de los 121” el que hacía ruido. A la iniciativa de *Les Temps Modernes*, unos intelectuales redactaron un manifiesto que reconocía el derecho a la rebelión; sin embargo, el texto fue embargado y se inculcó a los firmantes. En palabras de Beauvoir: “Sartre

lo firmó, como todo el equipo de *Les Temps Modernes*. Los comunistas nos oponían un texto trunco de Lenin: se combate la guerra participando en ella. (...) al respaldarlo y, por esto, comprometernos, (...) pensábamos que esta acción de vanguardia podría tener serias repercusiones” (FC:590). De hecho, sí hubo serias repercusiones: el 1º de octubre siguiente, cinco mil ex combatientes desfilaron por los *Champs Elysées* gritando “Fusilen a Sartre” (FC:660).

En medio de aquel tumulto, Beauvoir publicó *La plenitud de la vida*, segundo volumen de memorias, que cubre los años 1929 a 1944.³⁰ Este segundo volumen evoca la embriaguez de la libertad a través de sus descubrimientos más allá de las fronteras de Francia y de la convivencia con su “nueva familia” compuesta por Sartre, Bost, Olga, Védrine, Sorokine... Si bien Beauvoir era “apolítica” en aquel periodo, no privó a su lector de una perspectiva histórica y crítica, marcando una pausa en 1939 como para distinguir el antes y el después de la guerra. Las últimas páginas se acaban con la descripción de la capital sublevada, de agosto de 1944: “De nuevo, las explosiones hicieron temblar los vidrios y luego la noche se calmó. (...) Era el fin. París estaba liberada.” (PdV:650).

Del lado político y de la Guerra de Argelia, los acontecimientos se aceleraron. De Gaulle hizo aprobar por referendo el derecho de Argelia a la autodeterminación, a pesar de que Beauvoir, al lado de un comunista y de un ex trotskista, apelaba al voto negativo delante de cuatro mil estudiantes a las afueras de París (Antony): “VOTAD NO-PAZ EN ARGELIA” (FC:672). Amenazados físicamente, Sartre y Beauvoir se mudaron a un departamento del bulevar Saint-Germain (FC:700). Este cambio llegó a tiempo: el 10 de enero de 1962, el departamento de Sartre “había volado” (FC:709). *Les Temps Modernes* apoyó a la agrupación antifascista a favor de la independencia argelina. Ésta se adquirió gracias a los Acuerdos de Evian, el 18 de marzo de 1962 (FC:716).

Al año siguiente, Beauvoir publicó *La fuerza de las cosas*. Esta obra cubre los años 1944 a 1962, y relata el periodo de la Liberación a 1952 y sus viajes al extranjero. Se lee cómo se imponen con fuerza las cosas en su historia personal y la historia política que le tocó vivir y que acabamos de reconstruir a grandes rasgos. En complemento de los tres volúmenes autobiográficos, salió, en 1964, *Una muerte muy dulce*. Este pequeño libro relata los momentos difíciles de su madre antes de fallecer, los últimos días que Beauvoir compartió con ella. Irónicamente, el título remite por antítesis a

³⁰ Esta obra fue un *best-seller*: 40 000 ejemplares fueron vendidos antes de su publicación (FC:668).

las palabras de una enfermera: “¡Pero señora, le aseguro que fue una muerte muy dulce!” (*MMD*:84). En vez de consolarla, estas palabras indignaron a Beauvoir. El “meta-texto” del libro es un grito de rebeldía contra la muerte, nunca suave y siempre violenta para los seres vivos.

Le Bon de Beauvoir (2008:9) recuerda que Simone, a los 18 años, escribía diarios para “contrarrestar un exilio”. Lo mismo parece haber ocurrido con la Beauvoir adulta. Mientras azotaba la Guerra de Argelia invadiéndola de un gran malestar, Beauvoir narraba su historia. Ahora bien, la escritura en diarios íntimos difiere de la autobiografía publicada en tanto que ésta indica una presentación de sí misma en el ámbito público. Según Sennett (1979), después de la segunda guerra mundial, las sociedades occidentales, al derrumbar las fronteras entre lo público y lo privado,³¹ se hacen más “intimistas”. Por sus viajes internacionales, sus intervenciones políticas y el trabajo autobiográfico, Beauvoir consolidó su imagen de “mujer pública” o, más bien, reveló su propia personalidad, su intimidad. ¿Nos atreveríamos a decir que estaba casándose con el *star system* que imperaba en la época? La respuesta es positiva si, con Sennett (1979:226-227), recordamos que el principio de base del *star system* es la relación directa entre el deseo del público de disfrutar la obra del artista y el grado de celebridad de éste. Después de las *Memorias de una joven formal*, Beauvoir siguió narrando su vida “para sus lectores”, con el fin de seguir hablando con ellos “de persona a persona” (*Pdv*:8).

Bajo el ángulo individual podríamos adelantar que la muerte representa el elemento unificador de este periodo de la vida de Beauvoir. Por un lado, se sitúan el temor y la indignación frente a la muerte “natural”, la de su madre y la suya. Apunto “la suya” porque, detrás de las miles de páginas autobiográficas, se vislumbra el espectro de su propia muerte. El hecho de fijar en el papel lo que uno hace año tras año constituye una manera de desafiar la muerte haciéndose inmortal. Tal vez haya sido lo que quiso expresar cuando afirmó: “envejezco, el mundo cambia, mi relación con el otro varía; nada me importa más que mostrar las transformaciones, las maduraciones, las irreversibles degradaciones de los otros y de mí misma” (*FC*:327). Lo seguro es que esta autobiografía, rica y prolija, ha sido uno de los mayores —si no el mayor— legados de Beauvoir. Por otro lado, todas las implicaciones y acciones políticas de Beauvoir en esos años parecen tener un solo propósito: aplazar la muerte de los demás que es susceptible de ser perpetrada por actos injustos, violentos y belicosos. La Guerra de Argelia desató la militante que

³¹ Un ejemplo elocuente proporcionado por el autor es la nueva arquitectura de vidrio de los rascacielos de las grandes ciudades que apareció en los años cincuenta (Sennett, 1979 [1974]:22-23).

dormía en Beauvoir: por primera vez salió a la calle. A través de los distintos episodios de esta época, resalta la militancia activa de Beauvoir por la vida frente a la muerte.

11. Años 66-70: novelas de ficción, compromisos políticos y *La vejez*

La sociedad sólo se preocupa del individuo en la medida en que produce. Los jóvenes lo saben. Su ansiedad en el momento en que abordan la vida social es simétrica a la angustia de los viejos en el momento en que quedan excluidos. Entretanto la rutina enmascara los problemas.

(LV:647)

A partir de la mitad de la década de 1960, Beauvoir regresó a la ficción al publicar en 1966 *Las bellas imágenes*, y en 1968 *La mujer rota*. La primera novela pone en escena personajes que viven en una sociedad consumista y tecnocrática. La protagonista, Laurence, tiene una madre “en el aire” y un padre pasota; y esta doble apariencia la sumerge en incertidumbres (Fdc:120). Una cuestión planteada por su hija de 10 años la precipita en la crisis: Laurence se siente en una trampa, se miente y se disgusta con la vida. Su desilusión está inscrita en su cuerpo “porque desencadena en ella una crisis de anorexia” (Fdc:122). En esta novela, Beauvoir trató “de hacer hablar el silencio” (Fdc:120). Globalmente, la novela tuvo éxito: jóvenes lectores se identificaron con el universo descrito y afirmaron sentirse atrapados en el mismo problema que Laurence (Fdc:121).³²

La segunda novela tiene por heroína a Monique, una mujer atractiva pero de afectividad invasora, quien ha renunciado a una carrera profesional, pero sin interesarse en la de su marido. Intelectualmente muy superior a ella, él ha dejado de amarla y se enamora de una abogada (Fdc:122). *La mujer rota*, junto con *La edad de la discreción* y *Monólogo* —los otros dos textos que figuran en la recopilación— describen a mujeres que se debaten entre las verdades y las mentiras de las palabras, la soledad y el fracaso.

En la vida real, Beauvoir se preocupaba por otros dramas y sus compromisos públicos se intensificaron. En 1966, Sartre y Beauvoir fueron a Japón y participaron en un gran acto contra la intervención norteamericana: “La actitud de los japoneses con relación a Norteamérica es ambivalente. Económicamente aceptan una alianza de la cual extraen provecho; pero sobre el plan político-militar, la encuentran peligrosa” (Fdc:271-272). Los estudiantes

³² Se vendieron 120 000 ejemplares de *Las bellas imágenes* (Fdc:120).

y los intelectuales japoneses, que se sentían amenazados por el imperialismo de Estados Unidos, recibieron calurosamente a la pareja.

Al año siguiente, invitados por Nasser, Beauvoir, Sartre y Lanzmann volaron hacia Egipto. En la Universidad de Alejandría ella abordó la cuestión de los derechos de las mujeres; la “Carta” sobre la que Nasser había basado su régimen, en 1962, reclamaba la igualdad de los sexos; pero la tradición islámica se oponía a ésta. En su conferencia, Beauvoir afirmó: “Según la Carta, no podrá haber socialismo hasta tanto la mujer no sea la igual del hombre”... “Dentro de los límites de la religión” gritaron entonces unas voces masculinas (*FdC*:368).

Luego viajaron a Israel: eran partidarios de un Estado binacional donde los derechos de los palestinos fuesen reconocidos en igualdad con los de los israelíes. Beauvoir, que en 1975 recibió el Premio de la Ciudad de Jerusalén, insistió sobre esta exigencia.³³ Al mismo tiempo, en Tel-Aviv, Beauvoir se expresó otra vez sobre la posición de la mujer en la sociedad e intercambió diálogos directamente con mujeres acerca de sus condiciones de vida en los kibutzim (*FdC*:376). En ese mismo año —1967— fueron a Suecia a participar en las sesiones del Tribunal Internacional sobre los Crímenes de Guerra estadounidenses en Vietnam (*FdC*:354).

En Francia, Beauvoir seguía relativamente de cerca los acontecimientos de mayo del 68, después de un periodo donde se desinteresó bastante de la política del país: “Entre el 62 y el 68, me desentendí de lo que ocurría en Francia. La derecha, unida y satisfecha de detentar el poder, no tenía otra preocupación que conservarlo; la izquierda, dividida, trataba en vano de unirse en torno a un programa coherente” (*FdC*:411). Como antigua profesora y amiga de los jóvenes, estuvo atenta a los problemas del mundo estudiantil. A principios de mayo, *Les Temps Modernes* organizó el debate “La Sorbona para los estudiantes” (*FdC*:411). El debate dividió al comité de redacción; pero Sartre y Beauvoir tomaron partido por los estudiantes, que rechazaban la subordinación jerárquica y denunciaban el avasallamiento de la tecnocracia. Beauvoir analizó los eventos de mayo y, para ella, “los estudiantes habían cambiado el viejo motor de las revoluciones, la necesidad, por una reivindicación nueva que era la soberanía” (*FdC*:420). Ellos deseaban y reclamaban el poder. Según ella, mayo del 68 no constituyó la crisis de una generación sino la de la sociedad tecnocrática. Apenas se había apagado la insurrección de mayo del 68 cuando Beauvoir y Sartre fueron a Checoslovaquia. Sartre había reaccionado inmediatamente después de la invasión de los tanques sovié-

³³ Este premio era concedido a los escritores que promovían la idea de la libertad del individuo (Francis y Gontier, 1979:95).

ticos —los trató en una entrevista como “criminales de guerra”—. Este golpe puso definitivamente fin a las relaciones que tenían Beauvoir y Sartre con la URSS (*FdC*:322).

A finales de los años sesenta, Beauvoir se interesó por la condición de los ancianos y publicó *La vejez* (*FdC*:130). Para elaborar este ensayo realizó una minuciosa investigación en bibliotecas y analizó el objeto a la luz de los datos históricos, económicos, etnológicos, estadísticos, políticos y sociales, tal como lo hizo treinta años antes para *El segundo sexo* (*FdC*:128-131). De hecho, de la misma forma que explicó que las mujeres no se determinaban por su biología, afirmó que “la vejez sólo puede ser entendida en totalidad, no es sólo un hecho biológico, sino un hecho cultural” (*LV*:20). El libro contesta las preguntas: ¿en qué consiste envejecer?, ¿qué es lo que implica en nuestras sociedades?, ¿se trata de un destino inevitable o es el resultado de actos humanos modificables? Beauvoir quiso denunciar las mentiras, los silencios y los maltratos que rodeaban esta faceta de la condición humana. Constató también que el envejecimiento depende de la clase a la que se pertenece y afirmó que “la vejez no es una conclusión necesaria de la existencia” (*LV*:644).

La segunda mitad de los años sesenta tenía por tendencia ideológica “el ataque a la sociedad tecnocrática” (Bell, 1977:140), y es de constatar que Beauvoir se inscribió otra vez en la corriente de la contracultura dominante. Más precisamente, para resumir y calificar este periodo, cabe optar por los términos “exclusión” e “inversión de las jerarquías”. Primero, Beauvoir abordó particularmente el sentimiento de exclusión (y a veces autoexclusión) de las mujeres en sus vidas personales y sociales: 1) a través de sus dos novelas —que fueron las últimas— y; 2) durante sus viajes a Egipto e Israel, donde pudo difundir a través de conferencias la importancia de la igualdad de los sexos y la necesidad para las mujeres de no quedar subordinadas al orden masculino. Luego, cuando estalló mayo del 68, y como fiel acompañante de Sartre, apoyó a los estudiantes en su lucha contra la subordinación jerárquica y la tecnocracia, entre otras reivindicaciones. Por último, *La vejez* fue su gran obra para defender a las personas mayores con el fin de que: 1) dejen de ser excluidas de la sociedad y, 2) se tome conciencia del impacto y de los efectos perversos de las jerarquías sociales en este fragmento de población. Lo interesante de este “trozo de vida” es que nos recuerda que Beauvoir no fue solamente la gran luchadora por la condición femenina sino una mujer empeñada en defender a los grupos marginados y las sociedades víctimas del imperialismo americano.

12. El compromiso creciente con las mujeres en los años setenta

A las mujeres no les corresponde afirmarse como mujeres sino convertirse en seres humanos completos.

(Fdc:448)

A partir de 1970, Beauvoir no dejó de radicalizarse; concentró sus esfuerzos en la militancia y, en particular, se involucró en los problemas específicos de las mujeres. Pensaba que las mujeres tenían que tomar las riendas de su propio destino sin esperar progresos del socialismo (Fdc:466). Anteriormente había coincidido con las acciones del *Planning* Familiar, redactando el prefacio de *La grande peur d'aimer*, de la Dra. Weill-Hallé, en 1960 (Francis y Gontier, 1979:397-400). Desde hacía tiempo a Beauvoir le interesaba el esfuerzo de esta doctora por difundir el uso de los anticonceptivos, y le irritaban los comunistas a favor de una Francia de 70 millones de habitantes y quienes opinaban que “las desdichas íntimas de las obreras no existían” (FC:583).

A finales de 1970, algunos miembros del Movimiento de Liberación de la Mujer (M.L.F.) buscaron a Beauvoir para hablar con ella del nuevo proyecto de ley sobre el aborto, que debía ser presentado a la Asamblea. Beauvoir explicó:

Para impresionar la opinión, proponían que mujeres conocidas y desconocidas, declararan que personalmente ellas habían abortado. La idea me pareció muy buena. Veinte años antes, yo había protestado en *El segundo sexo* contra la represión del aborto, exponiendo las tragedias que de ella derivan; era, pues, normal que firmara lo que llamaron el Manifiesto de las 343. (Fdc:434)

Para ella no se trataba de alentar a las mujeres a que abortaran sino de permitirles hacerlo en las mejores condiciones físicas y morales (Fdc:434). Afirmó también: “Basta con repetir que, cada año en Francia, hay casi un millón de mujeres que practican el aborto: autorizar el aborto no significaría [como afirmaban las autoridades de entonces] impedir cada año el nacimiento de un millón de pequeños franceses, sino ahorrarles [a las mujeres] inútiles sufrimientos” (Beauvoir, 1973a). En la época se estimaban entre ochocientos mil y un millón de abortos en Francia al año. En medio del torrente de unas cuatro mil mujeres, Beauvoir desfiló con el M.L.F. a través de París para reclamar la libertad de maternidad, de anticoncepción y de aborto. El año siguiente volvió a participar en una manifestación del M.L.F., esta vez para pedir el aborto libre y gratuito.

Las acciones de Beauvoir para la despenalización del aborto y la libertad de la contracepción se prolongaron a través de la Asociación “Choisir” (Ele-

gir) que fundó y empezó a presidir en 1972.³⁴ El objetivo de esta asociación era triples: 1) hacer el uso libre, total y gratuito de anticonceptivos; 2) obtener la supresión de todos los textos represivos relativos al aborto y; 3) defender gratuitamente y asistir a toda persona acusada de aborto o de complicidad en ello (Francis y Gontier, 1979:92). El mismo año, la asociación puso en práctica su tercer objetivo durante el juicio de Bobigny, en el cual Beauvoir actuó como testigo. Gisèle Halimi abogó por una madre que había ayudado a que su hija abortara, después de una violación (Halimi, 1992:89-124).

En 1974, Beauvoir fue nombrada presidenta de la *Ligue du Droit des Femmes*, fundada bajo la influencia del M.L.F. Esta liga organizaba acciones sobre temas concretos de la vida cotidiana para evitar la creación de un “gueto femenino”; entre otros propósitos, protestó contra toda discriminación hacia las mujeres: “Vamos a exigir que las injurias sexistas sean consideradas también como un delito” (Beauvoir, 1973b). Durante ese y el siguiente años, Beauvoir escribió muchos artículos, entre otros: “Les femmes s’entêtent...”, en *Les Temps Modernes* (1974); “Des femmes en lutte”, en *L’Arc* (1975); “Non au sexisme”, en *Marie-Claire* (1975); “Society and the female dilemma”, en *Saturday Review* (1975). Redactó también varios prefacios de libros, entre los cuales el de *Regards féminins*, de Anne Ophir (1976); y el de *Histoires du M.L.F.* (1977) (Francis y Gontier, 1979:94-99). A lo anterior se añadieron numerosas entrevistas, las cuales se convirtieron en libros como *Entretiens avec Simone de Beauvoir* (Schwarzer, 1983). José Dayan realizó también una película sobre ella en 1978 (Dayan, 1979).

Paralelamente al militatismo feminista que caracterizó a Beauvoir a lo largo de esos años, su vida privada también se inclinó del lado femenino. En 1960 había encontrado a una estudiante de Letras Superiores, Sylvie Le Bon, que se convirtió a lo largo de los años en su compañera más querida. Al respecto, Beauvoir escribió: “Cuanto más conocía a Sylvie, más afinidades sentía con ella. Era, como yo, una intelectual, apegada apasionadamente a la vida. Se me parecía en otras cosas, a pesar de los treinta y tres años de diferencia; se repetían en ella mis virtudes y mis extravagancias” (*FdC*:61). Beauvoir y Sylvie compartieron progresiva y respectivamente sus vidas. Sylvie entró en el comité de los jóvenes de *Les Temps Modernes* y juntas hicieron grandes viajes al extranjero. Con ella a su lado, Beauvoir se olvidaba de su vejez tan odiada: “(...) me daba la impresión de haberme reencarnado. (...) Tal reciprocidad me hace perder la noción de mi edad: me arrastra hacia su futuro

³⁴ Beauvoir fundó la asociación junto con Gisèle Halimi, Christiane Rochefort, Jean Rostan —de la Academia Francesa— y Delphine Seyrig. Entre los miembros adherentes, *Choisir* contaba con el profesor Jacques Monod, premio Nobel de fisiología y de Medicina, y con el profesor François Jacob, premio Nobel de Fisiología y de Medicina (Halimi, 1992:296).

y por momentos el presente recupera una dimensión perdida” (*Fdc*:66). En 1981, Beauvoir adoptó legalmente a Sylvie como su hija y le dio indicaciones en previsión de su muerte para la futura gestión de su obra.³⁵

El segundo sexo salió a la luz en 1949, y no fue sino veinte años después cuando Beauvoir se comprometió de manera más tajante al lado de las mujeres. ¿Cómo explicar este hecho? Entreveo dos puntos. El primero es que en 1949 Beauvoir no había forjado, ni siquiera desarrollado todavía, su carácter o *habitus* militante. Fueron su postura con el mundo y en el mundo, el contexto nacional e internacional que le tocó vivir, así como la colaboración con su entorno intelectual cercano, los que moldearon año tras año esta disposición a pasar a la acción concreta frente a las injusticias sociales y políticas. El segundo punto —vinculado indirectamente con el primero— es que el nuevo feminismo empezó a despuntar a partir de la mitad de los años sesenta, y se hizo más visible a través de acciones concretas en los años setenta. A lo largo de todo el decenio y hasta su muerte, Beauvoir fue muy solicitada por las feministas tanto francesas como extranjeras porque: 1) había escrito la mayor obra sobre la condición femenina, la cual servía de punto a la vez de partida y de referencia para el pensamiento feminista; 2) sus propias convicciones feministas eran reales y sólidas; 3) su reconocimiento y su prestigio, ganados gracias a las acciones militantes y los libros escritos, ya no había que demostrarlos y, en este sentido, podía fungir como la persona idónea para la transmisión del capital simbólico para la lucha de la condición femenina.

13. A la hora de los balances finales

Cuanto más me acerco al término de mi existencia, más fácil me parece abarcar en su conjunto ese extraño objeto que es una vida.

(*Fdc*:7)

En 1972, Beauvoir ofreció a sus lectores una nueva obra autobiográfica: *Final de cuentas*. Esta vez, rastreó el periodo de 1962 a 1972 y siguió una composición temática. Se trata de un balance reflexivo sobre sus memorias anteriores y una reflexión sobre su personalidad adulta. La pregunta “¿Por qué soy

³⁵ Una de las tantas críticas dirigidas contra Beauvoir fue que ella, que abogó tanto por el rechazo a la maternidad, acabó adoptando a Sylvie. Sobre este punto, se explicó varias veces. Para ella, Sylvie no era un “sucedáneo de hija” porque “las relaciones madre-hija son demasiado catastróficas” (Francis y Gontier, 1985:377). El estatuto de hija adoptiva sólo tenía como propósito darle una posición para que pudiera encargarse, en toda legalidad, de su sucesión.

yo?” abre el primer capítulo y da tono a la obra (*Fdc*:9). Beauvoir intentó reconstruir su “proyecto existencial”, según el concepto de Sartre, buscando discernir lo “universal singular” que ella representó, como todo individuo. El último capítulo cierra sobre su percepción de mayo de 68, sus impresiones y acciones hacia el feminismo, así como sobre sus percepciones como atea. Deliberadamente, no concluyó la obra: “Esta vez, no daré las conclusiones de mi libro. Le dejo al lector la tarea de deducir él las que le gusten” (*Fdc*:453).

Los años setenta estuvieron marcados por el progresivo debilitamiento físico de Sartre. En 1972, Beauvoir participó activamente en una película sobre él titulada *Sartre par lui-même*; gran parte de ésta fue rodada en la casa de Beauvoir, *11 rue Schoelcher*. Al año siguiente, la pareja fue a Portugal para “la revolución de los claveles”, y este fue el último viaje político que hicieron juntos. Excepto para ir a Roma, empezaron a disminuir sus desplazamientos porque el proceso de degradación de Sartre iba empeorando (pérdida de la vista, diabetes, etc.). Falleció el 14 de abril de 1980; el día anterior le había susurrado a Beauvoir: “Le quiero mucho, mi pequeña Castor” (*CA*:164).

La muerte de Sartre afectó tanto a Beauvoir que sufrió una congestión pulmonar (*CA*:167). Sin embargo, al siguiente año retomó sus actividades y publicó *La ceremonia del adiós*, una suerte de diario que llevó durante los diez últimos años compartidos con Sartre. Este libro fue muy controvertido. Las admiradoras de Beauvoir lo leyeron como el último acto de amor dirigido a Sartre, mientras que las detractoras lo vieron como de una inmensa crueldad. Lo que suscitó básicamente la polémica fue la descripción de la lenta decaída corporal de Sartre. Ningún detalle fue ahorrado al lector: su incontinencia; sus parálisis de lengua que le hacían escurrir la saliva; sus borracheras y estados medio-inconscientes... ¿Era una manera de no levantar una estatua a Sartre? Posiblemente. Asombra sobre todo que Beauvoir no haya expresado ninguno de sus propios sentimientos, aunque había avisado de esta distancia de “observadora objetiva” desde el principio: “Eso no puede decirse, no puede escribirse; se vive, es todo” (*CA*:9).

Sin la compañía de Sartre, Beauvoir siguió sus actividades. Cuando François Mitterand llegó a la presidencia en 1981, Yvette Roudy, en el Ministerio de los Derechos de la Mujer, la invitó a formar parte de la Comisión sobre las Mujeres y la Cultura. Roudy opinaba que ningún movimiento podía prosperar si no se apoyaba en un análisis serio y coherente como el que era capaz de hacer Beauvoir (Francis y Gontier, 1985:381). Dos años más tarde, el gobierno danés le entregó el Premio Sonning por el conjunto de su obra y le dio 23 000 dólares. Con este dinero, fue con Sylvie a Estados Unidos durante el verano y acabaron su estancia en la casa de la feminista Kate Millett, donde se grabó una entrevista entre las dos feministas para un

programa de televisión sobre *El segundo sexo*. De hecho, al año siguiente, las pantallas francesas difundieron los cuatro programas cuyo hilo director era la exploración de la condición femenina en el mundo entero.

En los últimos años de su vida, Beauvoir recibió en su casa a militantes de muchos países; les ayudaba con un prefacio o un manifiesto. Esto no significa que todas las feministas militantes la siguieron, unas incluso la atacaron violentamente por tener un pensamiento a la vez radical y enfocado en la condición humana. Beauvoir estuvo en contra del Año Mundial de la Mujer y dijo: “después del Año de la Mujer, habrá el Año del Mar, luego el del caballo, el del perro, y así sucesivamente. Nos consideran a nosotras mujeres como objetos que no valen la pena en este mundo de hombres de ser tomadas seriamente más de un año” (Francis y Gontier, 1985:381).

Mientras se fundaban Centros Simone de Beauvoir en Estados Unidos, Canadá y Francia con la finalidad de marcar la importancia de sus ideas a través de la conservación de archivos,³⁶ ella caminaba hacia la muerte sufriendo, según Bair (1991:712-715), de cirrosis y de edema pulmonar. Murió el 14 de abril de 1986, seis años después que Sartre. Entre tres y cinco mil personas, llegadas de todos los medios sociales, académicos y políticos, acompañaron su último viaje hacia el cementerio Montparnasse. Aunque la muerte nunca iba a reunirles, como lo afirmó Beauvoir, ella fue sepultada en la misma tumba que Sartre. Sobre ésta se elevó la voz de Elisabeth Badinter: “¡Mujeres, le deben tanto!”

A lo largo de este último periodo de vida, Beauvoir se dedicó a redactar sus últimos balances y a difundir sus últimas palabras. Únicamente con sus títulos *Final de cuentas* y *La ceremonia del adiós* anunciaban la despedida. Sus intervenciones públicas en los años ochenta —y ya en los años setenta— tenían el propósito de alcanzar al mayor público femenino —aunque no exclusivamente—. La necesidad de expresarse ella misma y de resucitar la palabra de Sartre fue un combate entregado hasta el final. En 1983, Beauvoir publicó *Lettres au Castor et à quelques autres*, de Sartre que, según él, constituían “la transcripción de la vida inmediata” (*LAC*:7). Con esta publicación satisfizo el deseo de Sartre —quien le había pedido publicarlas—, e hizo el último gesto para que él y ella, como pareja, pasaran a la posteridad.

Conclusiones

A lo largo de estas líneas, intenté hacer re-vivir a Simone de Beauvoir en sus múltiples facetas. No fue solamente la autora de *El segundo sexo*, como

³⁶ En 1982 se fundó en París el Centro audiovisual Simone de Beauvoir.

muchas veces se tendió a reducirla. Siguiendo su obra autobiográfica, recordamos que Beauvoir nació en un hogar burgués parisino; recibió una educación literaria y religiosa; rompió con la fe católica; se apasionó por las letras y se rodeó de compañeros; se enamoró de un joven intelectualmente superior a ella; decidió vivir sola, no tener hijos y optar por un pacto de amor(es); fue una profesora de filosofía desinteresada en la vida institucional; vivió en hoteles y comió en lugares públicos durante unos veinte años; fue bisexual; se involucró en el existencialismo y fundó, con otros, *Les Temps Modernes*; fue escritora de novelas, ensayos y libros autobiográficos; vivió en unión libre; recorrió gran parte del mundo; se hizo una militante activa, comprometida con la libertad del individuo y con la lucha contra las injusticias y desigualdades sociales y políticas; defendió activamente la condición femenina; colaboró con el M.L.F.; acompañó a Sartre durante toda su vida; hizo de Sylvie su hija adoptiva. Enumerando los hechos y sucesos de esta manera, hacemos una breve síntesis informativa y recordamos que nuestro objetivo —y, por ende, el aporte principal de este artículo— era observar quién Beauvoir logró hacerse. Ahora cabe justificar por qué reconstruimos a Beauvoir en sus múltiples facetas.

En las ciencias humanas y sociales solemos estudiar a los hombres y a las mujeres en un solo contexto o a partir de una sola dimensión. Ahora bien, como lo apunta Lahire (1998), en las sociedades donde las personas viven muchas veces simultánea y sucesivamente experiencias socializadoras heterogéneas, inevitablemente cada una de ellas es portadora de una pluralidad de disposiciones y de maneras de ver, sentir y actuar. Planteando que la concepción unitaria —de la identidad, de la relación con el mundo, etc.— de todo ser humano es una perfecta “ilusión social”, Lahire (1998:23-27) propone que se observe cómo la pluralidad de las experiencias se incorpora dentro de cada individuo, como si éstas fueran pequeñas unidades de análisis no forzosamente coherentes entre sí. En este sentido, la postura de Lahire remite a lo que ya escribía Bourdieu (1994:81): “la experiencia ordinaria de la vida no puede ser aprehendida como una totalidad”.

A pesar del método que elegí, intenté abordar a Beauvoir como una “mujer plural”, es decir, una mujer dentro de la que se conjugan yuxtaponen, sin relacionarse entre sí, factores individuales, familiares, sociales y culturales. Según los escenarios donde se movió, la observamos como niña burguesa, *garçonne*, existencialista, parisina del barrio Montparnasse/Saint-Germain-des-Prés, pareja de muchas y muchos, profesora, escritora, militante, feminista... Apunto “a pesar del método que elegí” porque, dejándome llevar por su narración y asumiendo los efectos literarios de ésta, en mi reconstrucción me adherí a dos aspectos: 1) lo que de singular tuvo su vida tal como ella

la contó y; 2) el sentimiento de que todas las acciones, sin estar forzosamente vinculadas entre ellas y constituir un todo, sí siguen una ascensión hacia la imagen de una “vida fuerte, cumplida y exitosa”.

Más allá de estos aspectos, puedo destacar una virtud y un defecto que conlleva el hecho de quedarse lo más cerca posible de la propia narración de un escritor. La virtud es que tenemos la impresión de respetar la reconstrucción del autor. En cambio, el defecto es que, de alguna manera, nos encerramos en el mundo de la persona biografiada, sin efectuar una operación de distanciamiento. Una de las enseñanzas obtenidas de este ejercicio es que, cada vez que se pueda, intentemos no explicar a la persona biografiada por la autobiografía que ella misma redactó. Sin duda, este artículo explicó demasiado “Beauvoir por Beauvoir”. Cuando me alejé de su visión, reconsiderando el marco social y cultural que imperaba en la época —cuando aludí, por ejemplo, al modelo de la *garçonne* o al del *star system*—, pude entrever que Beauvoir había sido menos vanguardista de lo que se había querido creer, menos vanguardista que de acuerdo con algunas corrientes de la sociedad que le tocó vivir. Esta constatación dibuja una orientación para seguir profundizando, en el futuro, lo aquí realizado.

Otra veta para la reflexión es que, si bien Sartre aparece en estas líneas, no he develado cómo su vida y su obra se habían entrelazado con la trayectoria de Beauvoir, cómo ambos enriquecieron mutuamente sus pensamientos. A mi parecer, este punto constituye un límite del artículo y, por ende, una próxima pista de investigación. Colmando esta carencia, sin duda aparecerán más elementos para pensar en lo ilusoria que puede ser una biografía. Interesándose por la naturaleza misma del hombre, así como por la concepción que tenía de su destino, el ejercicio biográfico estuvo en el centro de las preocupaciones intelectuales de Sartre. De *La Nausea* a *Las Palabras*, pasando por *El Ser y la Nada*, *Baudelaire* y *Saint Genet*, Sartre no dejó de demostrar que es importante que cada individuo busque identificarse con su propio destino y su ser, al mismo tiempo que no se puede describir con vastedad y detalle el conjunto de experiencias, vivencias, acciones y peripecias que conforma una vida, sencillamente por ser inabarcables (Brombert, 1967:157 y 161). En otros términos, Sartre siempre sostuvo que una biografía es tan necesaria como imposible... Necesaria e imposible, demasiado breve para dejar una impresión de exhaustividad, impregnada de efectos reales y quiméricos... Si esta propuesta de biografía de Beauvoir anima a algunos a re-abrir la obra, será entonces que cierta ilusión ha sido lograda.

Abreviaturas de las obras***Simone de Beauvoir***

- AD: *América día a día*
CA: *La ceremonia del adiós*
CC: *Correspondance croisée*
CPE: *Cuando predomina lo espiritual*
CJ: *Cahiers de jeunesse*
CS: *Cartas a Sartre*
FC: *Fuerza de las cosas*
FdC: *Final de cuentas*
LI: *La invitada.*
LV: *La vejez.*
LNA: *Lettres à Nelson Algren.*
MJF: *Memorias de una joven formal.*
MMD: *Una muerte muy dulce.*
PdV: *La plenitud de la vida.*
SS I: *El segundo sexo I.*
SS II: *El segundo sexo II.*

Jean-Paul Sartre

- LAC: *Lettres au Castor et à quelques autres*

Recibido: diciembre de 2008

Revisado: febrero de 2009

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/
Camino al Ajusco 20/Pedregal de Santa Teresa/C. P. 10740/México, D. F./
correo electrónico: ktinat@colmex.mx

Bibliografía

- Bair, Deirdre (1991) [1990], *Simone de Beauvoir*, París, Fayard.
Beauvoir, Simone de (2008), *Cahiers de jeunesse*, establecido, editado y presentado por Sylvie Le Bon de Beauvoir, París, Gallimard.
— (2006) [1964], *Una muerte muy dulce*, México, Sudamericana.
— (1999) [1947], *América día a día*, Barcelona, Mondadori.
— (1997) [1990], *Cartas a Sartre*, Barcelona, Lumen.

- (1997), *Lettres à Nelson Algren. Un amour transatlantique 1947-1964*, Paris, Gallimard.
- (1989) [1979], *Cuando predomina lo espiritual*, Barcelona, Edhasa.
- (1989) [1949], *El segundo sexo I y II*, México, Siglo Veinte.
- (1988) [1972], *Final de cuentas*, México, Hermes.
- (1986) [1963], *La fuerza de las cosas*, México, Hermes.
- (1986) [1943], *La invitada*, México, Hermes.
- (1983) [1981], *La ceremonia del adiós*, México, Hermes.
- (1983) [1970], *La vejez*, México, Hermes.
- (1983) [1960], *La plenitud de la vida*, México, Hermes.
- (1983) [1958], *Memorias de una joven formal*, México, Hermes.
- (1973a), “Préface”, en Association Choisir (ed.), *Avortement: une loi en procès. L'affaire de Bobigny*, Paris, Gallimard [En Francis y Gontier, 1979:505-509].
- (1973b), “Le sexisme ordinaire”, *Les Temps Modernes*, núm. 329 [en Francis y Gontier, 1979:514].
- Beauvoir, Simone de y Gisèle Halimi (1962), *Djamila Boupacha*, Paris, Gallimard.
- Beauvoir, Simone de y Jacques-Laurent Bost (2004), *Correspondance croisée 1937-1940*, Paris, Gallimard.
- Becker, Howard S. (1986), “Biographie et mosaïque scientifique”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 62, núm. 1, pp. 105-110.
- Bell, Daniel (1977), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza.
- Bouchardeau, Huguette (2007), *Simone de Beauvoir*, Paris, Flammarion.
- Bourdieu, Pierre (1994), “L’illusion biographique”, en P. Bourdieu, *Raisons pratiques sur la théorie de l’action*, Paris, Seuil, pp. 81-89.
- (1979), “Les trois états du capital culturel”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 30, núm. 1, pp. 3-6.
- Brombert, Victor (1967), “Sartre et la biographie impossible”, *Cahiers de l’AIEF*, vol. 19, núm. 1, pp. 155-166.
- Chaperon, Sylvie (2000), *Les années Beauvoir 1945-1970*, Paris, Fayard.
- Dayan, Josée (1979), *Simone de Beauvoir*, Paris, Gallimard.
- Deguy, Jacques y Sylvie Le Bon de Beauvoir (2008), *Simone de Beauvoir. Ecrire la liberté*, Paris, Découvertes Gallimard.
- Eck, Hélène (1992), “Les Françaises sous Vichy. Femmes du désastre-citoyennes par le désastre?”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Histoire des femmes en Occident V. Le XX^e siècle*, Paris, Plon, pp. 287-323.
- Estrada Saavedra, Marco (2003), “Decir cómo fue: el juicio y la narración de la obra de Hannah Arendt”, en M. E. Saavedra (ed.), *Pensando y actuando en el mundo. Ensayos críticos sobre la obra de Hannah Arendt*, México, UAM, Plaza y Valdés, pp. 197-236.
- Francis, Claude y Fernande Gontier (1985), *Simone de Beauvoir*, Paris, Perrin.
- (1979), *Les écrits de Simone de Beauvoir. La vie-L’écriture*, Paris, Gallimard.
- Galster, Ingrid (comp. y presentadora) (2004), *Le deuxième sexe de Simone de Beauvoir*, Paris, Presses de l’Université Paris-Sorbonne.

- Halimi, Gisèle (1992), *La cause des femmes*, París, Gallimard.
- Heinich, Nathalie (1995), “Façons d’être écrivain. L’identité professionnelle en régime de singularité”, *Revue Française de Sociologie*, vol. 36, núm. 3, pp. 499-524.
- Héritier, Françoise (2002), *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel.
- Lahire, Bernard (2002), *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*, París, Nathan.
- (1998), *L’homme pluriel. Les ressorts de l’action*, París, Nathan.
- Logeart, Agathe (2008), “Simone la scandaleuse”, *Le Nouvel Observateur*, núms. 3-9, enero, pp. 8-19.
- Madelénat, Daniel (1984), *La biographie*, París, PUF.
- Moreau, Jean-Luc (2008), *Simone de Beauvoir. Le goût d’une vie*, París, Ecriture.
- Robbe-Grillet, Alain (1984), *Le miroir qui revient*, París, Minuit.
- Rowley, Hazel (2006) [2005], *Tête-à-tête. Beauvoir et Sartre, un pacte d’amour*, París, Grasset.
- Sallenave, Danièle (2008), *Castor de guerre*, París, Gallimard.
- Sartre, Jean-Paul (1983), *Lettres au Castor et à quelques autres*, París, Gallimard.
- Schwarzer, Alice (1983), *Entretiens avec Simone de Beauvoir*, París, Mercvre de France.
- Sennett, Richard (1979) [1974], *Les tyrannies de l’intimité*, París, Seuil.
- Sohn, Anne-Marie (1992), “Entre les deux guerres. Les rôles féminins en France et en Angleterre”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Histoire des femmes en Occident V. Le XX^e siècle*, París, Plon, pp. 165-195.
- Thébaud, Françoise (1992), “La grande guerre. Le triomphe de la division sexuelle”, en Georges Duby y Michelle Perrot, *Histoire des femmes en Occident V. Le XX^e siècle*, París, Plon, pp. 85-143.
- Zancarini-Fournel, Michelle (2005), *Histoire des femmes en France XIX^e-XX^e siècles*, Rennes, PUR.